

GINA  
MEMORIAS I



**GINA GALOVICH**

Memorias I



**GINA GALOVICH**

Memorias I

**eLV**  
EL LIBRO DE SU VIDA

Madrid 2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio ya sea digital, fotocopia o cualquier otro medio de reproducción o difusión sin la autorización por escrito del autor.

© Gina Galovich

Ediciones **EL LIBRO DE SU VIDA**

Responsable editorial: Luís Mínguez Santos

Calle Islas Cíes, 47, 5º L. Madrid

Tel. 91 738 91 33

[www.librodesuvida.com](http://www.librodesuvida.com)

Diseño de cubierta: **EL LIBRO DE SU VIDA**

Producción editorial: **EL LIBRO DE SU VIDA**

Impreso en España

2017. Madrid (España)

*A mis nietos Gabriela y Fernando*



## A LA NIETA QUE VIENE

Anoche tu papá me llamó para decirme que estabas en camino. Llegas en el momento preciso, ángel mío. No podía imaginar que una cosita tan frágil pudiera dar tanta alegría y ganas de vivir. ¡Qué extraña es la sabiduría de la vida! Eres ese soplo de vida que consigo trae ilusión, amor y una gran ternura a todos los que con ansia te esperamos, especialmente yo. Acaba de morir mi único hermano y hace tiempo que también murieron mi padre y mi madre, así que no queda nadie de mi familia original. Mi corazón en estos momentos clama por una ilusión. Pensar en tu carita es ahora mi dulce sueño.

He decidido tejerte un cuento, más bien un diario de mis recuerdos de infancia, que son parte de mi historia, parte de la historia de un rincón del mundo y que, en cierto modo, formarán parte de la tuya. Es un cuento o unos recuerdos entrettejidos que empezarás a comprender cuando tengas la edad que ahora tienen tus padres y entenderás aún mejor cuando tengas la edad de tus abuelos.

Cuando era pequeña, mis abuelas me hablaban de su infancia, de sus padres, tíos y abuelos. A pesar de que a esa edad yo prestaba mucha atención a esas historias, hoy lamento el que quedaran en mi memoria de una forma desarticulada, como descolocadas en el tiempo. Otras se borraron. Durante la niñez se atiende poco a

lo que nos cuentan los mayores porque hay otras cosas más interesantes, y en la pubertad todo eso son *cosas de viejos* y uno cree saber más que ellos. Siempre ha sido así y supongo que siempre lo será. Por eso, vida mía, te escribo estas páginas.

Madrid, 2004

# **UNA INFANCIA EN GUERRA**



Vivíamos en Fiume. Nuestro piso no debía de ser muy grande. Delante teníamos un jardincito con una verja muy alta, de color verde, que acababa en forma de espadones. La puerta de entrada era de hierro macizo y tenía una llave muy grande. Sólo una vez la trepé... y con malas consecuencias. Quedé colgada de un espadón al intentar escalarla, y recuerdo la llave porque había nevado, en la calle había niños haciendo un muñeco de nieve, y aquello me pareció divertidísimo, así que probé a abrir la puerta. Para mi sorpresa, se abrió, y supongo que para que no se dieran cuenta de que me había escapado, la cerré con llave. La dichosa llave seguramente la apoyé en la nieve y se debió de hundir. Cuando ya estaba dispuesta a divertirme, sonó la sirena que avisaba de los bombardeos. Ese sonido ya me era muy familiar —significaba correr con mi madre al refugio— pero ella estaba adentro, encerrada, pidiéndome que abriera la puerta, y yo afuera, llorando y cavando en la nieve mientras todo el mundo corría. Recuerdo el muñeco y las bolas de nieve que tiraban los niños, pero lo que pasó después de sonar la sirena es un paréntesis apresado en la amnesia.

A casa se entraba por el portalón, que daba a un camino empedrado. A mano izquierda había un muro de piedra de más o menos un metro de altura, que en su época debió de ser una especie de jardín; allí, cuando yo empecé

a tener uso de razón, mi madre decidió plantar tomates (probablemente algunos frutos más), pero no se le debía de dar muy bien. Al final, llegando a la puerta principal, había una rosaleda muy frondosa donde mi madre disfrutaba con sus rosas de té. En ella estaban dos bancos de piedra, uno enfrente del otro. Supongo que también habría una mesa, pero no lo recuerdo. Los bancos sí, porque a ellos me subía para mirar a la calle, donde solía haber chicos jugando, supongo que mayores que yo, y mi gran deseo era estar fuera, en el barullo, pero me repetían constantemente que sólo los gitanos jugaban en la calle y yo los envidiaba aunque, la verdad sea dicha, en Fiume no debía de haber muchos.

Vía Andrea Doria era una calle corta, con poco tráfico, situada en el Belvedere (así se llama todavía hoy el barrio). Del lado izquierdo, que era donde vivíamos nosotros, había unos bloques de casas de dos alturas (al estilo de lo que hoy en día se llaman adosados); o sea, cuatro vecinos en cada una. Debían ser tres casas separadas por sus correspondientes calles y, detrás, otra fila de tres. En total, seis casas. Las calles perpendiculares eran pendientes con aceras escalonadas. La nuestra subía hacia un chalet muy grande que estaba rodeado de una tapia muy alta, y la última calle ascendía a la Escuela Naval. Esta era más ancha que Andrea Doria.

Enfrente de nuestra casa estaban los jardines de lo que debía ser un liceo de chicos, y al lado, un *palazzo* de cinco pisos. En total, nuestras casas ocupaban el equivalente a una manzana.

Mi padre era oficial de marina, el más joven de todos, y yo el bebé de toda la oficialidad. Para cuando empezó la

guerra, mis puntos de referencia eran Via Andrea Doria, Bakú, el Canal de Suez, Texas y Bersezio. Para mí, todos ellos equidistantes. El primero era la calle donde yo vivía; el último, el pueblo donde estaban mis abuelos, y los tres intermedios los lugares donde yo contestaba cuando la gente me preguntaba: «¿Dónde está papaíto?». De Bakú le traía a mi madre abrigos de piel. Había uno que me gustaba en especial. Era negro y me encantaba arrimar la cara y toquetearlo porque parecía terciopelo. De Texas trajo unos vasos que se tiraban y no se rompían. Un día hice la demostración con uno, con tan mala suerte que se hizo pedacitos. Quedaron esparcidos con la forma de una tela de araña.

Yo iba a cumplir cuatro años cuando estalló la guerra y se dio a mi padre por desaparecido. Hay cuatro recuerdos de mi padre, anteriores a ese momento, que me quedaron grabados para el resto de mi vida y que puedo revivir como si hubieran ocurrido ayer. No sé en qué orden sucedieron, aunque sospecho cuál es el último.

Uno es la primera vez que vi la nieve. Debió de amanecer nevando, caían grandes copos de nieve y se veía todo blanco y luminoso. Estaba en la cama con mi padre, que me estaba pelando una mandarina o una naranja mientras me contaba cómo los ángeles jugaban sacudiendo las alas y reían viendo cómo las plumas iluminaban el cielo y la tierra de un blanco luminoso. Aquello me sonaba tan verídico que yo los veía aleteando sonrientes.

El otro recuerdo es de un día en que Ichi, mi amiguita del alma, y yo, estábamos jugando en mi habitación y mi padre debía de estar estudiando en su despacho. Nosotras nos metimos en el armario y creo que no podíamos salir y por poco se nos vino encima. Entró él y no dijo nada, pero

por la mirada que nos echó supe al instante que no me valdría lloriquear; Ichi se iría a su casa y yo me quedaría sola. Al contrario que mi madre, que sí me regañaba (sin que surtiera ningún efecto), mi padre nunca lo hacía. Aunque algunas trastadas le hacían gracia y sonreía, yo sabía sólo por su mirada que ciertas cosas no me estaban permitidas.

El tercer recuerdo es de la única vez que me pegó. El abuelo de Ichi nos debió de llevar de paseo y no recuerdo lo que hicimos pero al llegar a casa, en el portalón estaban mis padres, compungidos, con *la viuda*. Mi madre medio llorando, mi padre mirándome con ganas de estrangularme, mientras *la viuda* le decía: «Señor Luigi, no la pegue», aunque en el fondo deseaba que me dieran un escarmiento. Allí estaba esa mujer, tiesa, alta, delgada, con sus zapatos de tacón y un sombrero igual que el de la bruja del cuento que engordaba a los niños para comérselos. Lo que había ocurrido es que durante el paseo con el abuelo de Ichi nos la habíamos encontrado y le había saludado o charlado con él. Seguramente nos dio un beso y yo —que empecé a hablar muy pronto y más que un loro— aproveché la circunstancia para reclamarle el alquiler que les debía a mis padres, ya que ellos necesitaban el dinero. Cuando ella dijo: «Señor Luigi, no la pegue», supe que mi padre lo iba a hacer y salí corriendo para meterme en casa, pero él me alcanzó en el camino y me dio unos buenos azotes. Fue la única vez que mi padre me levantó la mano. No lloré pero me dio mucha rabia que ella lo viera. Al lado del portalón había una cochera llena de trastos que tenía un baño —váter y lavabo—, y papá me cogió y me encerró allí. Yo no entendía la injusticia de los mayores. Me senté en la tapa del váter y, como me dejaron a oscuras, me las apañé para encender la luz. Lo recuerdo perfectamente,

fue la primera vez que tuve el sentimiento de indignación por una injusticia que se había cometido conmigo. Cuando encendí la luz, el hecho de que no llorara ni pidiera disculpas descompuso a mi padre, que debía de estar detrás de la puerta. Entonces entró y desenroscó la bombilla, y allí me quedé hasta que anocheció, sin poder entender por qué me castigaban por decir la verdad, cuando siempre me habían instado a hacerlo y no mentir.

Ahora me doy cuenta de que ya sonaban tambores de guerra, pues por esas fechas mi padre le envió a mi madre un poder absoluto desde Génova. Hacía poco tiempo que acababan de comprar la casa de al lado, un dúplex con jardín. Tenían una hipoteca y la ya mencionada inquilina que no pagaba. Me imagino que mis padres estuvieron comentando esto en mi presencia; uno se compadecía de ella porque se había quedado viuda y el otro lo lamentaba pero insistía en que ellos necesitaban el dinero.

Para un niño las alegrías son lo habitual, forman parte de la niñez, pero eso no impide que intuya las preocupaciones de los mayores. A esa edad, nuestros padres son seres protectores y fuertes, capaces de solucionarlo todo; por eso verles preocupados nos sorprende y nos asusta. Esa fue la razón por la que yo, en la primera oportunidad que tuve —el paseo con Ichi y su abuelo— había reclamado los derechos de mis padres a la viuda (por cierto, durante muchos años pensé que ser viuda era una profesión como otra cualquiera). Durante mi infancia me castigaron y riñeron cientos de veces, pero ningún castigo me dolió tanto como el que acabo de relatar.

Otro recuerdo vivaz de mi padre es cuando fuimos a escoger una bicicleta. Me gustaba una roja que tenía dos

ruedecitas a los lados para no caerse. Me encantaba. Creo que este fue el último recuerdo que tendría de mi padre durante un tiempo. La bicicleta debía de ser para mi cumpleaños pero se convirtió en mi bicicleta «virtual». Italia entró en guerra el día 10 de junio de 1940 y yo cumplía los cuatro años el día 21 de junio. Para entonces mi padre estaba desaparecido y mi madre embarazada de siete meses de mi hermano. Así que, o devolvió la bicicleta o no la fue a recoger.

Creo que mi madre era la que tenía los pies sobre la tierra y mi padre era más fantasioso. De uno de sus viajes me trajo un monito que saltaba en una jaula grande y enseñaba los dientes como si se estuviera riendo. Debía de ser un tití, pero tampoco lo recuerdo bien porque al poco tiempo, según mi madre, se escapó con jaula y todo para ir con su mamá y su papá a la jungla. También me trajo un pájaro de otro viaje. No tengo la menor idea de si era un loro o qué. Le abrí la jaula para que me enseñara a volar, y no desaprovechó la ocasión: escapó y no lo volví a ver. También tuve dos tortugas grandes sobre las que me sentaba a pasear. Una se cayó por el muro y se rajó el caparazón, por el que salió un líquido blanquecino. La curamos, pero no sé cuánto tiempo sobrevivió. Cuando volví a Fiume en 1974, una tortuga seguía en el jardín, pero la casa estaba nacionalizada y no pude entrar, la vi sólo desde fuera, igual que la que ocupaba la viuda. Nunca he sabido si fueron sus descendientes quienes la habitaban y si siguen haciéndolo hoy en día.

Recuerdo que cuando Mussolini declaró la guerra, mi madre llevaba un vestido de florecitas y lloraba. Yo estaba agarrada a su falda bajo la rosaleda, pero ella no me aten-

día, lloraba y hablaba con Katiza o con otros amigos. Creo que fue en esa primera época cuando le encantaba ir al cine; yo recuerdo dos películas en especial: una en la que la madre y los hijos ponían el árbol de Navidad mientras un hombre con abrigo y sombrero (supongo que el padre), miraba hacia adentro desde el jardín y lloraba. Mi madre lloraba también. En la otra película había una mujer sentada en el banco de un parque y a una niña se le escapaba la pelota a sus pies. La dama se la daba mientras las lágrimas le caían por la cara. Y a mi madre también.

Un día le entregaron una máscara antigás. No sé por qué razón yo creía que, con eso puesto, mi madre tenía que recoger las bombas. Creo que decidió que era una cosa inútil y no me sorprendería que la hubiera hecho desaparecer, como a mi monito.

Una noche, que debió de ser antes del 10 de agosto de 1940 —que fue cuando nació mi hermano Eugenio— bombardearon Fiume. No sé si los astilleros o las refinerías. Fue el único ataque aéreo de la aviación francesa, ya que en agosto Francia se rindió y se formó el gobierno de Vichy. No recuerdo haber pasado miedo, ya que estaba en casa mi tío Ricardo, el hermano mayor de mi madre. Salió de la habitación dando saltos porque no podía meterse la otra pernera del pantalón y mi madre y Katiza lo llamaban inútil y reían y lloraban a la vez. Katiza era como de la familia. Se crió en casa de la abuela, igual que su madre e, imagino, que su abuela. Supongo que mi tío logró ponerse finalmente los pantalones. Lo que siguió al bombardeo está borroso en mi memoria, pero aseguraría que fue a raíz del mismo cuando nos marchamos a Bersezio, donde mi *nonna* Giuliana. Katiza se quedó en

Fiume colocada en casa de una amiga de mi madre. Fue por entonces cuando aprendí una palabra, *coprifuoco*, que significa «tener la luz apagada y cerrar bien las persianas para que los aviones no distinguieran la luz de las velas». Mientras yo estaba en la cama, mi madre, a oscuras, escuchaba la BBC de Londres. Se pasaba la noche así y yo, no sé por qué, sabía que eso estaba prohibido y me daba miedo que lo hiciera, así que me acurrucaba hecha un ovillo. Parece que fue entonces cuando empecé a chuparme el dedo hasta que el sueño me vencía.

El día 11 de junio de 1940, o sea el día siguiente a que Italia declarara la guerra, mi madre cumplía 28 años y se encontró con que su marido navegaba camino a Texas, hacia el enemigo, por un océano donde se torpedeaban los barcos, mientras ella debía cuidar a una niña de cuatro años y estaba embarazada de siete meses de mi hermano. Supongo que también estaría preocupada e inquieta por haberse comprado (con tanta ilusión) el piso nuevo en una ciudad, Fiume, que por su situación estratégica sería bombardeada desde el principio de la guerra hasta la caída de Berlín. Además de sus astilleros, su fábrica de torpedos y sus refinerías, Fiume se convirtió en el puerto más importante en el Mediterráneo para nuestra aliada Alemania.

Huyendo de las bombas, mi madre cerró la casa y nos marchamos a la mencionada Bersezio, a unos veinte kilómetros de Fiume. Era un bastión medieval encaramado sobre un acantilado de 157 metros, donde se forma el altiplano; una especie de gran terraza o balcón que se asoma al Kvarner (*Mare Quaternarium* sería su nombre latino), el golfo que se extiende a sus pies en forma de media luna. Mirando al norte, Fiume; al este, las islas de Cres y Losinj;

y al oeste, el monte Sisol. Bajando por un camino zigzagante se llegaba a una cala de mar plácido cuyo fondo se puede ver desde lo alto por lo cristalino que es, aunque su azul es más bien índigo. Al monte Sisol subí en burro en un día luminoso. Dicen que esos días se divisa Venecia desde allí. A mí me dieron un binóculo para ello, pero no lo conseguí. Supongo que pensaba ver gente. Como nunca volví a subir al Sisol no sé exactamente lo que llega a contemplarse. Bersezio fue descrita en la antigüedad como famosa por su vino tinto de mucho cuerpo y por la cantidad de iglesias que tenía.

*Las tierras situadas al norte están repletas de olivos, sembradas de frutos de la tierra y rebosantes de viñas; con razón se las considera un rincón de placer y dicha. En sus bahías la mar penetra agitada y se calma después cual magnífico lago.*

Casiodoro, siglo VI

En la Edad Media debió de ser grande con relación a lo que es hoy en día (una aldea de calles estrechas). Supongo que de aquel entonces queda el empedrado, además de algunos restos de la muralla y el Castel (castillo). Su olor es una mezcla de salvia, adelfas, romero, laurel, camelias y magnolios, unido al perfume salino del mar. Aún añoro el sitio donde nací —y donde nacieron todos mis antepasados por muchas y muchas generaciones—. Ese perfume unido a ese rojo anaranjado del amanecer cuando despunta el sol sobre las islas y se refleja sobre el mar. Ese amanecer eran las alas del Ave Fénix que se elevaban cada mañana para surcar el cielo hacia Sisol con esa tenacidad con la que se levanta el ser humano después de sus caídas. Todo esto forma parte de los mejores y, a la vez, más traumáticos recuerdos de mi infancia.

Para un niño, especialmente durante la guerra, la mayor metrópoli se convierte en un círculo reducido, pero ese despertar de los sentidos queda para siempre y al hacerte viejo lo añoras aún más. Igual que el británico añoró sus verdes campiñas e intentó rodearse de ellas en sus colonias, yo busco el olivo, la higuera, junto a la camelia y el roble. En el olfato queda ese perfume del mar, ese mar plácido y transparente, y ahora, escribiéndote esto, me doy cuenta de que el primer sentido que uno desarrolla es el del color, que para mí fue el de ese amanecer sobre las islas, que en sus gamas de rojos anaranjados reflejándose sobre el mar es como un canto a la vida. En invierno, al atardecer, cuando el sol se escondía detrás del monte Sisol engalanado de nieve, yo lo despedía con la mano en su camino hacia Venecia, porque saldría al día siguiente y volvería lleno de vida sobre Cres. Ese color debió de quedar grabado en mi retina de tal manera que donde fuera que viviera formó parte de mi hogar de un modo repetitivo, ya sea en flores, tapicerías, lo que fuera. Son mis alas del Fenice.

En Bersezio nos aguardaba mi abuela Giuliana, que era viuda. En la cómoda de la habitación tenía una foto de mi difunto abuelo Antonio, quien había muerto en la Gran Guerra, en Budapest, cuando mi madre tenía tres años y sin que llegara a conocer a su hijo Antonio. Mi abuela se puso de luto antes de cumplir los treinta años y le prometió a mi tío Antonio quitarse el luto el día que él acabara la carrera. Pero éste moriría en la Segunda Guerra Mundial sin que le diera tiempo a acabar sus estudios. Así que la *nonna* vistió de luto hasta el fin de sus días.

A la abuela Giuliana, la que nunca se quitó el luto, yo la llamaba *nonna* Bebelá. Debía de ser de estatura mediana, tenía la tez muy clara, el pelo rubio y los ojos de un azul muy oscuro; era gordita con relación a mi otra abuela. Era reposada, complaciente, y estaba llena de comprensión. Nunca me regañó, pero es que conseguía que yo siempre intentara agradecerla.

La *nonna* Bebelá, el sosiego. Era mi cobijo, y su tamaño (no creo que fuera muy gorda pero sí robusta), mi tabla de salvación para escabullirme detrás de ella siempre que alguien intentaba meterme la cuchara en la boca. El primer recuerdo que tengo de mi infancia es que siempre había alguna persona intentando hacerlo. Era mi tortura y supongo que yo la desesperación de todos ellos.

La frase de mi madre que más recuerdo de esa época era: «Vas a pedir de comer y no habrá qué darte». Tengo grabados en la memoria el primer día y el momento en el que comí todo lo que había en el plato. No recuerdo si mi hermano había nacido ya, si íbamos los dos o yo sola con mi madre hacia Bersezio, pero sí que íbamos en un camión de soldados alemanes (seguramente huíamos de algún bombardeo) y estos me dieron un cuenco de latón lleno de espaguetis, que me comí. Debí de dejar a mi madre sorprendida porque cuando llegamos donde la *nonna*, creo que fue lo único que se comentó. Me sentía el centro de atención. Supe que podía comer sola, pero seguí mostrándome inapetente durante toda la guerra.

Aunque la casa natal de mi abuela Giuliana estaba en la ciudadela, cuando se casó se fue a vivir a las afueras del pueblo a la casa de mis bisabuelos, o sea, los padres de su marido.

Con la abuela vivían mi tío Ricardo y su mujer, la tía Carla. Mi tío Antonio debía de estar todavía estudiando, no sé si en Viena o Lovaina.

Mi otra abuela, la paterna, se llamaba Rosa, pero yo la llamaba *nonna* Chuna. Al abuelo, que se llamaba también Antonio, tal vez llegué a conocerle pero no tengo ningún recuerdo suyo. Sólo puedo evocar remotamente que una mujer que me sostenía en brazos expresó que había muerto el abuelito. Esto sí lo tengo grabado.

La abuela Rosa era delgada, más o menos de mi estatura, de pelo castaño —que recogía en un moño— y la recuerdo antes de morir con el pelo entrecano pero con muy pocas canas. Usaba gafas sólo para las letras pequeñas. Según la *nonna* Bebelá, la *nonna* Chuna había sido muy guapa de joven. Tuvo su primer hijo a los diecinueve años y el último, que fue mi padre, a los cuarenta y cinco. En total concibió ocho hijos, cinco niños y tres niñas. Una de ellas era gemela y vivió solo tres días. De las otras dos hijas, una se llamaba Ana y vivía en Dalmacia; nunca la conocí porque esta región pertenecía a Yugoslavia y nosotros estábamos en la parte que era Italia. La otra hija se llamaba María y vivía en Fiume como nosotros. María no tenía hijos y debía de ser de las mayores.

Por esta rama familiar estaban también el tío Giuseppe (o José), que tenía dos hijas mayores que yo, y el tío Giovanni (o Juan), al que conocí cuando años después llegamos a Nueva York. Era veinte años mayor que mi padre y no tenía hijos. El tío Giovanni y su mujer Letizia eran mis padrinos, aunque a la pila bautismal me llevó la que siempre llamé madrina, Anitza. Por cierto que mi nombre iba a ser Letizia Liliana, pero como nací enclenque y creían

que no iba a sobrevivir, la *nonna* Rosa quiso que me pusieran el nombre del santo del día, o sea, Luigina.

No sé qué edad tendría yo, pero no más de cinco años, cuando descubrí que a la *nonna* Chuna le enternecía la música sacra, así que, con malicia infantil, cuando hacía alguna trastada y la oía venir hacia mí, me ponía con cara de santa a entonar cánticos gregorianos. Ella abría la puerta, sonreía y decía algo por lo bajo. Nunca supe si me consideraba un ángel o, por el contrario, un demonio, y nunca se me ocurrió preguntárselo años después, cuando vino a vivir a Caracas, donde murió a los noventa y cuatro años. ¡Hizo su único y primer viaje en avión a los ochenta y seis años!

En mis recuerdos no hay ningún regaño de mis *nonnas*, ni siquiera cuando en el muro de la huerta de la *nonna* Bebela, ayudada por Bruno, saqué unas piedras y encontré un hueco donde ella había escondido una especie de joyero, entre otras cosas. Debía de haber escondidas muchas cosas de ese tipo.

En Fiume se hablaba el italiano; en Bersezio, el croata, aunque la escuela y todo lo oficial era en italiano porque ya la lengua croata estaba prohibida. El croata de la península de Istria —el istriano— es una mezcla de croata, veneciano y alemán. Fuera como fuera, en casa de la *nonna* Bebela se hablaba el croata istriano, que yo entendía pero no sabía hablar. Todo era distinto en Bersezio: en Fiume jugaba con muñecas, a las casitas, armaritos y tacitas... todo lo habitual en los juegos de las niñas de esa edad. Ahora tenía un gato de verdad,

de pelo atigrado y mucho más suave que cualquier peluche. Lo llamé Macka.

Bersezio se convirtió en un pueblo al que venían a parar las hijas y los nietos de los oriundos de allí que vivían en otras ciudades de Italia. Así llegaron Bruno desde Milán y Nadia desde Venecia. Ambos eran de mi edad, más o menos, y nos hicimos inseparables. Descubrimos los grillos, el canto constante de las cigarras, los saltamontes, el comer higos subidos a la higuera, coger flores silvestres con las que intentábamos hacernos guirnaldas para el pelo... Como aquel día en el que adornamos a Bruno, ya que el pobre se dejaba hacer, aunque su abuelo le ordenaba que jugara con los otros chicos del pueblo a la guerra y a coger los huevos de los nidos de los pájaros. Con lo que nosotras terminamos jugando a los soldados como capitanas. Bruno, de sargento, y los que aceptaban entrar en el juego, soldados de los nuestros. Los soldados eran los que subían a coger melocotones y cerezas y presumían metiéndose en las zarzas para coger moras. Nuestros soldados, que de vez en cuando se nos sublevaban, ya no cogían pajaritos ni huevos de los nidos, ni les quitaban las patas a las cigarras.

No sé si me advirtieron de que iba a tener un hermano, pero una mañana la tía Carla me levantó y me llevó a la habitación de la abuela. En la cama estaba mi madre y tenía en los brazos a mi hermano recién nacido. Fue el primer bebé que recuerdo haber visto. Y era mío. Era una cosa pequeña y gordita con una pelusa castaña en la cabeza. Lo acepté como si fuera un muñeco de verdad. Una novedad más en mi vivencia de solo un mes y medio en Bersezio. A los quince días mi tía Carla decidió

tener una niña, que fue mi prima Dida. Mientras Fiume era bombardeada una noche sí y otra también, y la gente moría, yo tenía hermano, prima y gato, y me estaba acostumbrando a la naturaleza resplandeciente del verano que no existe en las ciudades. Dormía en la habitación de mi abuela, en la parte de abajo. Los ventanales enfrente de la cama miraban uno hacia Cres y otro, el de la izquierda, hacia Fiume, que al anochecer se iluminaba como si fuera de día. El cielo resplandecía por los cohetes, mientras se oían las bombas.

Recuerdo una noche –debió de ser recién llegados a Bersezio– en la que alguien me tenía en brazos y me dijeron que eran cohetes, pero yo veía que los ojos de mi *nonna*, mi tía y mamá parecían despavoridos y temblaban con cada nuevo estallido. Esa noche parece ser que me levanté sonámbula y mi *nonna* me pilló subida en la ventana opuesta. Supongo que vi bombardear Fiume muchos días y muchas noches. Oía los aviones (no sé por qué razón los llamaban *Martin*) antes de que llegaran. Aquel fue el origen de un sonambulismo que se repetiría después en mi vida siempre que se daban situaciones cambiantes. Fui sonámbula cuando llegamos a Nueva York y luego en Caracas durante una temporada muy larga –me pasé cerca de un año «viajando» por la noche de vuelta a Fiume–. La última vez que al parecer me ocurrió fue en un hotel de Barinas, camino de los Andes, en mi viaje de novios. Salí desnuda por la puerta de la habitación y le pegué un gran susto a tu abuelo Manuel.

La *nonna* Bebelá me aficionó a la lectura. Con ella aprendí el *Padre Nuestro* en croata, y a contar hasta veinte en este idioma y en alemán. La *nonna*, además de estas

lenguas, hablaba el húngaro y el italiano. Eso era normal entre la gente de su generación, pues durante el Imperio las provincias mantenían su lengua autóctona. El istriano, especialmente el fiumano, al ser tan multiétnico, consideraba todas estas lenguas propias, y su dialecto es un cóctel de vocablos italianos, eslavos, germanos y húngaros. Ella se sentía austro-húngara y pensaba que nada volvería a ser como en la época de Francisco José. Eso lo repetía siempre. El ferrocarril de Opatija —que está a medio camino entre Fiume y Bersezio— unía la zona con Viena, Budapest y Zagreb. En Opatija veraneaban los emperadores junto con la nobleza europea y artistas como Isadora Duncan, y tenían fama sus balnearios, casinos y parques. A la *nonna* le encantaba hablarme del pasado durante esas noches en las que estábamos acostadas e iluminadas por la luz de la luna. Ella se refugiaba en su infancia, en sus viajes a Viena, donde sus abuelos o bisabuelos habían tenido propiedades que por circunstancias de la vida ya no existían. El tren que venía a Opatija, según mi abuela, era de un lujo oriental y debía de ser un ramal del Orient Express. Estaba forrado en madera de nogal y cerezo; las lámparas eran de cristal de Bohemia; los sillones estaban recubiertos de terciopelo rojo traído de China, y las cortinas de las ventanas eran de lino egipcio con encaje de bolillos. La cubertería era de plata y la vajilla de la Fábrica Real Húngara. Todo ello sobre mantelerías de damasco y el suelo recubierto de alfombras orientales. No sé si todo era verdad o ella lo adornaba con lo que consideraba lo máximo de lo máximo.

La *nonna* debía de ser la sobrina favorita de su tío, el escritor y político, ya que la llevó de joven a su casa, tanto a Viena como a Zagreb. De esa época tenía unas enaguas

y corpiños preciosos metidos en un baúl con alcanfor que había debajo de la ventana a la que yo subí sonámbula. En vez de cuentos me leía libros de él, pero lo que más me gustaba —y todavía los sé de memoria— eran los poemas de Gervais, escritor istriano. Me los tenía que leer y releer, ya que era lo que más me divertía. Recuerdo en especial el de las tres abuelitas que estaban de cháchara criticando a la Pepa, la Juani..., y cuando una de las tres se tuvo que ir, las dos restantes empezaron a criticarla a ella. Mi abuela lo leía con tal entonación y tal gracia que al final siempre nos reíamos. O el de las casitas blancas bajo el Učka, del cual yo me sentía partícipe. Había otro poema de no sé qué autor que se titulaba *Kugina Kuća*. Se trataba de una mujer que iba camino de su casa, cansada después de un día de labor. Se sentó bajo un tilo para reposar un rato y se le acercó la Peste, vestida de mujer, que le preguntó la dirección para ir al pueblo. La campesina se echó a llorar, pues allí la esperaba su bebé. La Peste la tranquiliza prometiéndole que si le indica el camino, ella respetará su casa. Con esa promesa, la campesina señala el camino. La Peste se va volando y la mujer corre detrás con premura para abrazar a su tesoro. Llega a casa, llama y busca, pero la casa está vacía. Los vecinos se habían llevado a su bebé a su casa para cuidarlo, pero estaba muerto, como todos los demás. Cuando yo aprendí a leer, le leía a menudo este poema a mi hermano Eugenio. Sigo sin comprender por qué me atraía tanto.

A propósito de uno de estos poemas rebauticé a mi gato como Morchich (Morito). A mi Morito cariñoso, paciente y juguetón, lo mataron de un tiro en la cabeza. Fue cuando un oficial alemán se instaló en la casa de la *nonna*. No sé si estuvo días, semanas o meses. Bruno y yo

jugábamos en el hall de entrada con Morito intentando ponerle un lazo en la cola y de repente se escapó escaleras arriba. El oficial bajaba, lo cogió del cuello y con la pistola le pegó un tiro y siguió su camino a la calle, dándonos un empujón mientras el pobre Morito intentaba dar unos pasitos para llegar hasta nosotros.

Creo que fue al año siguiente cuando me mandaron con un cantarito a buscar leche a una casa. Se podía ir por un camino muy corto, pero como era empinado y llovía, me dijeron que fuera por el otro ancho, supongo que para evitar que resbalara. A media distancia, a mi derecha, había un montículo con una piedra muy grande, y sobre ella yacían boca abajo dos hombres. Me di cuenta de que estaban muertos. Como alguien me podía ver, por instinto entendí que debía seguir mi camino como si nada pasara, mientras mi corazón latía en la garganta. Toda yo temblaba, pero los miré de reojo y quedaron en mi retina como una fotografía imborrable. Llevaban trajes de un gris oscuro (el de uno de ellos era jaspeado), zapatos negros de charol y un sombrero negro. No les vi la cabeza, que pendía de la piedra, ni me giré para hacerlo. No aprecié sangre pero sabía que estaban como mi Morito. Mientras escribo esto me sorprende darme cuenta de que nunca le pregunté a mi madre si alguna vez supo quiénes eran esos hombres; supongo que pensaría que yo no lo recordaba.

Volví con la lechera por el camino empinado, resbalé unas cuantas veces, me llené de barro y el recipiente casi se vació. Cuando llegué a casa me sobrevino una tiritona que con los días se convirtió en diarrea con sangre. Creo que fue Katiza quien decidió curarme con un huevo. No sé si me lo puso en el pecho o en la espalda, y tampoco sé si era frito,

en tortilla o crudo. Lo que recuerdo es que llegó mi madre y al verme de esa guisa llamó ignorante a Katiza y me dijo que lo mejor que podía hacer con el huevo era comérmelo.

Katiza tenía muchas costumbres ancestrales. Según ella, a los bebés que estaban en la cuna sólo se les podía mirar de lado, porque si se les miraba desde el cabecero, el *pupo* (bebé) se quedaba bizco. Y también aseguraba que desde los pies sólo se debe mirar a los muertos. Pero según mi madre Katiza era la mejor cocinera del mundo. Con apenas nada conseguía guisar cosas riquísimas.

Creo que nos quedamos en Bersezio casi hasta mediados de 1941, cuando mi madre debió de decidir que eran más seguros los bombardeos de Fiume que la Resistencia que empezaba a surgir por los montes de Istria. Por cada alemán que aparecía muerto, estos mataban a diez personas. La casa de la *nonna* estaba bastante apartada, con arboledas y prados alrededor, y resultaba un lugar apropiado para enterrar los cadáveres o simplemente dejarlos por allí.

Una mañana al levantarme, estaban mi tía Carla y mi madre llorosas e intuí, o más bien oí, que venían de tirar al fondo del mar a unos alemanes que aparecieron muertos. Supongo que ayudaron al tío Ricardo. A los muertos les ataron muchas piedras. Estaban tan histéricos todos que ni se dieron cuenta de que yo me había levantado y estaba escuchando. Mi abuela decía: «Pobres muchachos, sus madres nunca sabrán cómo y dónde acabaron». Mi madre y mi tía lloraban, supongo que por ellas y por ellos; y mi tío no hacía más que enrollar las hojas de tabaco que tenía secando en unas cuerdas en la buhardilla mientras fumaba y fumaba.

La *nonna* decía que la guerra era la supresión de la inocencia del niño, la destrucción de la vida del adulto y el reposo del viejo, a pesar de que Dios en realidad había creado al ser humano para ser inocencia, vida y reposo. Pero los hombres nunca aprenderían algo tan simple, se quejaba.

Hasta aquel momento, la niña que yo era no hacía más que preguntar, tanto que me llamaban «punto de interrogación», pero de repente aprendí de forma brutal a no hacer preguntas; además fui adquiriendo la costumbre de escudriñar a las personas. Aprendí a saber cuándo era el momento de hacerme la graciosa y cuándo el de perderme de vista.

A los once meses de nacer mi prima Dida, mi tía Carla tuvo otra niña que se llamó Branka, aunque el cura no la quiso bautizar con ese nombre eslavo y la pusieron Appolonia. Mi hermano y Dida siempre lloraban y tenían hambre; en cambio Branka era tranquila. Casi siempre tenía los ojos abiertos, que examinaban todo de forma agradecida. Me encantaba bañarla. Ni chillaba ni forcejeaba, sólo sonreía con sus ojos grandes y su boca desdentada.

Por una foto en la que tengo un babi y una cartera de colegiala, sé que fui al parvulario en Bersezio, pero debió de ser por poco tiempo, quizá unos meses. Lo que sí recuerdo, aunque vagamente, son un tobogán amarillo y los columpios del parvulario de Fiume, que estaba cerca de casa. Sé que cuando regresamos a Fiume, Eugenio gateaba y caminaba de silla a silla. Debía de ser primavera porque lo recuerdo con la camisita que se abrochaba en la espalda y el jersey blanco. Siempre estaba pidiendo *papa* (comida). En un descuido, en la cocina se volcó sobre él la olla con

el caldo que estaba en la lumbre. Le quitaron el jersey pero la camisita la tenía pegada a la piel. Creo que mi madre se lo llevó tal cual al hospital.

Yo lo quería mucho, pero siempre que intentaba ayudarlo lo empeoraba. Un día decidí cortarle las uñitas. Él se dejó y al rato mi madre descubrió mi «operación» porque el niño tenía toda la cara arañada. No sé cómo me las arreglaba para desgraciarlo constantemente. Otro día lo subí sobre una caja para que viera las tortugas, con tan mala suerte que se resbaló y se le clavaron los dos dientes de arriba en la lengua. Mi madre otra vez corriendo al hospital. Cuando tuvo un año más, la que lloraba era yo: él tenía la mala costumbre de presionar los ojos de mis muñecas y dejarlas tuertas, o abrir las puertas de los armaritos y quedarse con ellos en la mano. Pero aun así, no sabíamos vivir el uno sin el otro, y cuando algo le pasaba a uno llorábamos los dos.

Él pedía comida a todas horas y yo seguía con mi tratamiento para que se me abriera el apetito —primero la cuchara del frasco del señor malencarado que llevaba el pez en la espalda, y luego la cuchara del frasco de la señora de delantal floreado que llevaba trigo en los brazos—.

Mi madre debió de decidir que mi italiano era pésimo, así que empecé a tomar clases con Linda Roitz. Linda era amiga de mi madre y su marido había desaparecido en el mismo barco que mi padre. No tenía niños, era maestra y, según mi madre, una chica *topolino*, igual que mi madrina Anitza, sólo que Anitza tenía también el coche *Topolino* y Linda tenía bicicleta. Vivía subiendo una escalinata que había cerca de la Escuela Naval.

Yo a Linda le tenía miedo. Las clases las daba en un saloncito con butacas que debían de estar tapizadas en cretona, con flores grandes de color fucsia y rojo sobre fondo blanco. Durante uno de los primeros días de clase, tenía muchas ganas de hacer pipí, así que decidí pedirle permiso, a lo que me respondió que ya era mayorcita y que tenía que aprender a aguantarme. Mientras lo decía se me saltaron las lágrimas y empezó a salir el pipí. Cuanto más aguantaba, más salía, y mientras ella seguía con sus enseñanzas, yo tesa en la butaca floreada sin enterarme de lo que decía y deseando que la clase fuera interminable para que aquel pipí tan caliente se secara. Imagino que mi madre vino a buscarme.

Sé que seguí dando clases con Linda durante una buena temporada, pero supongo que sólo un buen psicólogo podría explicarme por qué retengo perfectamente su mirada y cómo se encogieron sus ojos azules cuando me negó el permiso para ir al baño. Recuerdo sus butacas, mi vestido de florecitas... pero las clases restantes quedan en un lugar tan recóndito en mi memoria que por mucho que intente recordarlas, no puedo. A mi corta edad me fui haciendo experta en grabar de manera casi fotográfica los instantes desagradables y borrar todas las imágenes posteriores y los sentimientos que conllevaban.

En Fiume, la primera amiga que recuerdo es Ichi. Vivía en la casa que había detrás de la nuestra y éramos uña y carne. La recuerdo como una niña redondita, de pelo liso color castaño, dulce y tranquila. Tenía la mala costumbre de hacerse caca encima. Se la aplastaba con la mano en las braguitas y seguía jugando tan tranquila. Yo me callaba porque sabía que en el momento en el que lo olieran se la

llevarían a su casa. Ella venía a jugar a la mía pero yo iba poco a la suya porque su madre estaba tísica. De su casa lo que más recuerdo son los muebles. Me gustaban y al mismo tiempo me imponían. Mi madre debía de ser una fanática del Art Decó, nuestros muebles eran todos lineales, sin florituras y de color miel. La madre de Ichi, por el contrario, era una enamorada del mueble chino de fondo negro, lleno de figuras —pájaros y flores—. Lo más alegre era el biombo del comedor, que también debía de tener fondo negro. No sé cuándo ni por qué desapareció Ichi de mi vida. No la recuerdo ni del colegio ni del refugio.

Más adelante añadí de amiga a Ardenia. Era rubia con trenzas. Vivía en la casa de enfrente de Ichi y tenía una tía que debía de ser muy joven y que, según mi madre y sus amigas, con su melena roja era igual que una actriz inglesa. La recuerdo con su raqueta y la falda blanca plisada.

Adriana vivía también cerca. Era larguirucha y delgada como yo. Íbamos las tres al mismo colegio, pero en época de guerra cada una jugaba en su casa, ya que si había bombardeo, cada familia corría con sus hijos al refugio (pensándolo bien, son épocas en que los niños no tienen tiempo de hacer amistades). De esa amistad, lo que más recuerdo es un san Nicolás de chocolate. Tengo que decir que en Istria el que trae los regalos a los niños es san Nicolás de Bari, el día 6 de diciembre, y no sé dónde consiguió mi madre un san Nicolás de chocolate de tamaño reducido, pero el caso es que me tocó a mí repartirlo. Ardenia le dio un bocado a la cabeza de la figura, Adriana otro a la panza... y para mí quedaron los zapatitos.

Hablando de chocolate, me viene a la memoria otra experiencia que creo que compartí con ellas. Al lado de la

Escuela Naval había un chalet donde vivían dos hermanas poetisas. Su jardín estaba lleno de hierbajos y zarzas, completamente asilvestrado. Tenían muchos gatos. Eran bohemias y debían de estar solteras. Una tenía chepa y los gatos se posaban sobre sus hombros. Sé que habían hecho testamento y dejado sus bienes a estos animales, casa incluida. Nosotras íbamos de vez en cuando a acariciarlos. Un día nos regalaron una postal con gatitos y luego abrieron un bote del que, con una cuchara, nos fueron dando cacao. A mí me tocó la segunda en el reparto y cuando vi la cuchara repleta dije gracias de un modo tan desafortunado que soplé todo el chocolate. Mi cara debió de ser un poema. Una de las hermanas me miraba con cariño mientras me decía: «¿Qué hacemos ahora? ¿Te quedas sin cacao?». Luego, como pensativa, añadió: «Será una lección. Nunca des las gracias antes de tiempo. Como sé que aprendiste tu lección, toma la cucharada de cacao y luego dices gracias». La frase me quedó grabada, y cuando no la llevo a la práctica me acuerdo siempre de aquel episodio.

*Nilil de nobis sine nobis*

(«Nada de lo que nos atañe se hará sin nosotros»)

Voy a contarte ahora la historia de Fiume. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre su origen. En alguna parte vi un mapa antiguo en el cual el Alto Adige –Eslovenia e Istria– aparece poblado por los *bistri*, de origen celta. Otra teoría afirma que Tarsatica se llamaba Tarsos, y por lo tanto su origen sería griego. Posiblemente fuera celta y más tarde llegaron los griegos y fundaran el primer

poblado en lo alto de la colina, a unos 150 metros sobre el nivel del mar.

En el siglo II a. C. fue construida una fortaleza romana que hacía las veces de frontera militar y cuyo nombre era Tarsatica. Con el paso del tiempo pasó a ser la frontera entre el Sacro Imperio Romano de Occidente y el de Oriente o Bizancio, hasta el año 476 d. C. A partir de esa fecha y hasta el 770 d. C. perteneció al Patriarcado de Constantinopla, durante el cual sufrió breves invasiones de ostrogodos, godos, longobardos y avaros. En el año 788 d. C., el Pontífice reclamó la ayuda de los francos y Carlomagno ocupó parte de Istria. Como consecuencia, el sistema municipal romano y la autonomía democrática bizantina de la que disfrutaba hasta entonces dio paso al sistema feudal. El duque franco Juan se convirtió en el amo absoluto de sus tierras y sus súbditos. Once años más tarde, en el año 799, los francos libran una guerra sangrienta para ocupar Tarsatica. En la batalla, que pierden, fallece el famoso guerrero franco Eric, quien según la leyenda está enterrado en Moscenice. Enfurecido, Carlomagno vuelve a atacar y arrasa Tarsatica. Debió de ser un exterminio total.

Durante unos siglos la historia de Fiume se pierde en las tinieblas, hasta que vuelve a resurgir con el nuevo nombre de *Terra Fluminis Sancti Viti* en el siglo XIII. En ese intermedio pasa a los sucesores carolingios de la dinastía germánica y, por consiguiente, a estar bajo la jurisdicción metropolitana vigente de sus obispados. Al mismo tiempo, parte de Istria firma el Pacto Fidelitatis con Venecia, a cambio de la liberación de impuestos, igualdad de derechos y unión en las expediciones navales.

Se permiten migraciones de colonos eslavos en las zonas interiores del Carso en reconocimiento de su apoyo a la lucha contra los avaros.

En 1508 se forma la Liga de Cambrai, por motivos políticos y territoriales. La firman nuestro emperador Maximiliano I, Luis XII de Francia, el Papa Julio II, los Este, los Gonzaga y Fernando de Aragón, contra su enemigo común, la República de Venecia. A los pocos días, Fiume jura fidelidad a la Serenísima. Pronto hay desacuerdos entre los aliados y a los tres meses volvemos a ser parte de Austria. De esta época quedó el león de San Marcos y la Serenísima se llevó «la sangre milagrosa de San Vito» y «las tres piedras» con las que fue lapidado San Esteban en Jerusalén.

En el año 1797, durante las Guerras Napoleónicas, las fuerzas francesas, tras diez días de bombardeos, desembarcaron en Trieste. La siguiente era Fiume. Había terror por la llegada del enemigo y se pactó una tregua. Nuestros soldados estaban en Susak desmoralizados, agotados y hambrientos después de la retirada de Trieste. Los franceses aprovecharon la tregua para llegar tranquilamente a Fiume y la declararon *ciudad neutral*. Parece que confraternizaron con la población y no hubo saqueos. Terminada la tregua de seis días, al estar los franceses escasos de soldados y armamento, se retiraron igual que habían llegado.

Mientras esto pasaba, se había firmado el armisticio, pero los contendientes lo ignoraban. ¡No había móviles! Y la paloma mensajera debió de perder el rumbo. En el momento en el que se retiran los ocupantes, entra nuestro ejército e irrumpe contra la población por ser «demasiado hospitalaria con el enemigo».

En 1809 Austria se empeña en la quinta coalición antinapoleónica y con su derrota pierde el acceso al Adriático. En la Paz de Viena se decide que pasemos de estar bajo Su Majestad el Emperador de Austria a estar bajo Su Majestad el Emperador de Francia con el nombre de Provincia Ilírica. Volvemos a ser franceses, como lo habíamos sido hacía mil años con el imperio de los francos de Carlomagno, con la diferencia de que esta vez los fumanos deciden sobrevivir. Durante esos ocho años de dominio napoleónico parece que todo siguió igual y que el personaje quedó en la memoria con una aureola de hombre cercano, y con la leyenda de que había dejado escondido un gran tesoro. Recientemente, durante las excavaciones que se estaban realizando para construir una autopista, unos obreros hallaron un botín que contenía joyas. El hecho salió en la prensa. ¿Eran de Napoleón? Seguramente lo eran de alguien que desapareció en la Primera o Segunda Guerra Mundial. ¿Quién lo sabe? Por no saber, ni siquiera se conoce quién lo tiene ahora.

Después de la catástrofe de la Gran Armada se forma una nueva coalición, la sexta, esta contra el dominio francés. Como en ese momento éramos franceses pero el ejército nos había abandonado para ir a otras batallas, la armada inglesa, con veintidós embarcaciones con sus respectivos cañones, bombardearon el puerto y quemaron los barcos que estaban fondeados. En pocas palabras, nos bombardearon los aliados de nuestro secular emperador. Volvimos a ser Austria, aunque para entonces debíamos de ser, creo yo, Austro-Hungría. Por lo tanto, Fiume era de Cantrida, donde está el Lido; hacia el oeste éramos Austria, y de Cantrida hacia el este, Hungría.

El horizonte de los fumanos es el mar. Siempre han sido cualificados navegantes y, como tales, amigos de la aventura, de conocer mundo. Durante siglos los niños se criaron con esa proyección al mundo (hoy en día esa ventana es Google), escuchando embelesados a sus mayores hablar de canguros, elefantes, jirafas, etc. Sabían que había gente de ojos almendrados, otra de tez oscura... Aprendían que el mundo es grande y ansiaban conocerlo. Es como si fuera algo genético de las costas norteñas del *Mare Nostrum*: Génova, Venecia, Fiume, Marco Polo, Colón, Américo Vespucci... No son guerreros, no van a conquistar; tienen ansia de descubrir y admiran lo desconocido. En el fondo son comerciantes, prontos a lo que es novedoso y abiertos a diversas culturas. Cuento esto porque es la única explicación que tengo para esa pasividad que ha tenido Fiume a lo largo de las distintas ocupaciones que ha sufrido.

Cuando en 1719 Carlos VI convirtió a Fiume, junto con Trieste, en puerto franco, se hizo una ciudad cosmopolita y adinerada. Hasta 1914 su puerto fue el octavo de Europa y el más importante del Imperio. Era sede de la Real Escuela Naval. Desde allí partían las más importantes vías ferroviarias hacia todo el Imperio. Por esa época llegan los Whitehead, los Wasserman, y españoles como los Perete de la Cruz (Peretti), los Verneda, los Hoyos... Estos últimos adquirieron un título nobiliario húngaro o austríaco y su nieta se casa con el hijo de Von Bismarck. Durante estos dos últimos siglos pasaron por Fiume importantes personajes: plenipotenciarios, emperadores (Carlos VI, José II o Leopoldo I) y otros seres ilustres.

En la Academia Naval estudiaron el hijo de Ferdinando IV de Toscana, el Duque de Parma; vivieron

por algún tiempo el Archiduque Francisco Salvador, la Duquesa Clementina de Sajonia Coburgo–Gotha, María Enriqueta (reina de los belgas), Luis Felipe IV de Francia, la infanta de Portugal Aldegonda de Braganza, Carlos Luis de Borbón, ex Duque de Parma (con un modesto séquito de personas que, según el periódico, se alojaban en un hotel).

El más querido por la población era el Archiduque José, de la rama húngara de los Habsburgo. Vivió sus últimos veintitrés años en Fiume. Hombre ilustrado, de maneras sencillas y cercanas, tenía la costumbre de acercarse al mercado y a la lonja, lo que desaprobaba la burguesía, más bien *snob*. Él transformó el terreno circundante al Palacio Archiducal en hermosos jardines con flora traída de otras regiones del mundo.

Hay que decir que, desde el medievo, la ciudad tenía el estatus de *Corpus Separatum*. Era difícil obtener la ciudadanía fiumana con todos sus derechos en la primera generación. Era denegada a los venecianos, entre otros. Para obtenerla se juraba sobre el Evangelio la fidelidad a la ciudad y el cumplimiento del pago de impuestos. Tanto es así, que en 1610 se proclamó un edicto por el cual quienes vivían en el extranjero y no pagaban sus impuestos, perdían la ciudadanía.

La industria de Fiume consistía en la navegación, los astilleros, la fábrica de torpedos (aquí se inventó el primero, en 1866), la de tabaco, la manufactura de la seda y damasquinados... todo ello junto a un próspero comercio. En esos años de esplendor llegó gente de todas partes atraída por su clima benigno, su exuberante vegetación y su posición privilegiada. Todo esto la convirtió en un mes-

tizaje de culturas. Tenía escuelas italianas, croatas, austriacas y húngaras, lo que permitía a los padres decidir a cuál de ellas enviar a sus hijos. Durante el Imperio la enseñanza era obligatoria hasta los catorce años.

En fin, esta era la ciudad que añoraba la *nonna* Giuliana en sus evocaciones, y que cuando ella nació creo que se llamaba Reka.

Cuando empezó la Primera Guerra Mundial y para que entrara en la Alianza, a Italia se le promete la mayor parte de los territorios de los Habsburgo en el Adriático, incluidas Dalmacia e Istria. Pero en el tratado secreto de Londres, firmado en abril de 1915, no se hace mención de Fiume. La lucha por su control comienza el 23 de octubre de 1918. Los soldados de la ciudad la entregan acatando la firma del armisticio de los austriacos en el acuerdo de Agran, pero diez días más tarde se produce el final del Imperio Austriaco. El barco italiano *Emmanuele Filiberto* entra y ataca Fiume el 4 de noviembre de 1918. Los aliados reaccionan enviando el destructor *Audace*, que entra en el puerto el 17 de noviembre. Desembarcan fuerzas franco-británicas y norteamericanas y toman posesión de Fiume, cuyo futuro dependerá de las resoluciones que se tomen en la Conferencia de París. En esta, el presidente norteamericano Wilson propone la autodeterminación de Fiume y su conversión en *ciudad libre*. Los italianos se sienten engañados después del sacrificio de sus muertos, y abandonan la conferencia; no obstante, vuelven a París al Tratado de Versalles, que concluye sin haberse resuelto la situación de la ciudad.

El 12 de septiembre de 1919, Gabriele D'Annunzio, el poeta, y sus Camisas Negras o *Arditi* entran en Fiume al

grito de «Fiume o Morte». La Comisión de Control Interaliada se ve obligada a retirarse. D'Annunzio instaura la regencia italiana del Quarnaro y se proclama Duque de Monte Nevoso. Ocupa Fiume durante más de un año y, actuando como comandante supremo, declara la ley marcial y ejecuta a los opositores. Dicta su Constitución aterrizando a sus contrarios. Ocupa la isla de Arbe (Rab) y Veglia (Cres). Unos días más tarde declara la guerra a Italia. (La gesta de D'Annunzio, su reino y el estilo de sus camisas negras fueron la base en la que se inspiró el fascismo. Es D'Annunzio el que propone a Mussolini la Marcha sobre Roma con sus camisas negras, tras la que Mussolini toma posesión del gobierno italiano en marzo de 1922. El Presidente de Fiume escapa a Yugoslavia y establece el Gobierno en el exilio. El Duce deja el asunto de Fiume sobre la mesa mientras se consolida su poder en Italia).

Los aliados obligan al gobierno de Roma al desalojo de D'Annunzio y el 12 de noviembre de 1920 Fiume se convierte en Estado Libre e Independiente (Stato Libero di Fiume en perpetuidad) mediante el Tratado de Rapallo. D'Annunzio declara la guerra a Italia el día 3 de diciembre de 1920 y los italianos son obligados por sus aliados a enviar el barco de guerra *Andrea Doria* y bombardear la ciudad, en especial el Palacio Municipal, residencia de D'Annunzio (24-28 de diciembre), quien abandona la ciudad. Es navidad y la ciudad está bañada en sangre; en ella se suceden la rapiña y las violaciones. Sé que uno de esos días los *Arditi* violaron a mi tía Ana, quien solo tenía unos catorce o quince años delante de su madre, la *nonna* Rosa.

Se formó un gobierno provisional con la firma de los gobiernos de Fiume, Italia y Yugoslavia en junio de

1921, y en octubre se constituyó el gobierno libremente elegido. El 3 de marzo de 1922 los fascistas tomaron Fiume, aunque esta formalmente seguiría manteniendo su independencia. En 1923 entran las tropas italianas y en 1924 (seis años después del fin de la Gran Guerra) se firma un tratado con Yugoslavia en el que se reparten la ciudad. La parte este para Yugoslavia y la parte oeste para Italia. Esta vez la frontera era la desembocadura del río. La ciudad deja de ser Estado Libre de Fiume en perpetuidad e inicia su decadencia. Políticamente, tanto Francia como Gran Bretaña defendieron la tesis de un Protectorado, pero como ninguno de los dos se la cedía al otro, la dejaron repartida entre Italia y Yugoslavia. Así, la ciudad libre, puerto franco de Su Majestad Apostólica Imperial y Real Franz Joseph I, Emperador de Austria, Rey de Hungría, Rey de Bohemia, Rey de Galizia y Lodomeria, Rey de Jerusalén y otros títulos más, pasa a Su Majestad Vittorio Emmanuele, Rey de Italia, Emperador de Albania, Libia, Abisinia, Somalia y Eritrea.

Con la nueva era, mis padres eran ahora italianos. Ya no hay colegios multiculturales, sólo colegios italianos, y para que esto se materialice llega una nueva emigración, procedente, sobre todo, de la Italia pobre. Los niños aprenden que Franz Joseph (Cecco Beppe) ahorcaba a sus súbditos y que el que antes llamaban El Jorobado o Vittorio Mazagatos, era en realidad el Rey Salvador, El Benévolo, El Victorioso. Para Austria, Fiume era un punto estratégico, y para Italia un puerto más. Además, para esta nación éramos germanos o eslavos, mientras Yugoslavia nos consideraba italianos. En ambos casos, de forma despectiva. La historia de esta ciudad es como la vida: brota, resplandece, decae y fallece.

Te cuento la historia de nuestra región porque por lo menos durante 400 años es la historia de tus antepasados. En esa lucha de posesión me tocó tener uso de razón y supongo que sus circunstancias formaron mi carácter. Carezco del clásico sentimiento patriótico de nacionalidad; para mí un pasaporte es simplemente un documento necesario para viajar, y me da igual el color que tenga. He tenido varios a la vez, lo cual puede causar problemas si entregas el equivocado (como me ha ocurrido). Amo el sitio donde nací, su amanecer me dio las alas del Ave Fénix (Fenice). Siempre vuelve a salir el sol. Amar para mí no es idealizar, es ver las virtudes y aceptar los defectos. Estos últimos, en lo que a mi tierra se refiere, duelen.

Y después de este largo paréntesis, volvamos a mi vida de niña en Fiume durante la guerra.

La escuela a la que iba estaba cerca de casa, entre la Iglesia de los Capuchinos y Andrea Doria. Era una edificación de principios del siglo XIX, o sea austriaca: ventanales altos y aulas grandes. Por una foto que tengo, la clase tenía cerca de veinte niñas y llevábamos un babi negro con cuello blanco, este último al gusto moderno. Italia estaba en guerra y nuestro rey era Vittorio Emmanuele. Cantábamos una canción muy melódica que se titulaba *Faceta nera, piccola Abisinia* (*carita negra, pequeña Abisinia*). No sé si se refería a Abisinia como pueblo. Yo la cantaba pensando que Abisinia era una niña como yo pero de cara de chocolate.

Nuestros soldados estaban luchando en África y en Rusia y estaban ganado la guerra. Aprendí nuevos nom-

bres de la geografía mundial: Sebastopol, Crimea, Tobruk, Trípoli y Bengasi. Había una clase a la que iban también las niñas mayores y tejían manoplas para nuestros muchachos en Rusia, pues allí hacía mucho frío. La maestra nos dijo que teníamos que traer ropa de abrigo para los soldados que luchaban por nuestra patria, así que le pedí a mi madre jerseys y chaquetas de lana. Me replicó que le dijera a la maestra que ella había dado a su marido y yo a mi padre por la guerra, y que eso era mucho más que un jersey y que la maestra lo entendería. Añadió que no tenía intención de dar ni un alfiler para que la gente se matara. Yo quería ser como las otras niñas y con vergüenza le repetí a la maestra lo que me había dicho mi madre. La maestra me preguntó si quería al niño Dios y al Duce, y como afirmé con la cabeza aclaró que sólo tenía que demostrar mi buena intención. Me explicó cómo podía yo con una tijera abrir el lateral del colchón y coger un puñado de lana para que así Dios me mirara con buenos ojos. Lo hice tal cual y fui al colegio feliz con mi puñado de lana metido en la cartera, entre los cuadernos. Pero mi madre, al hacer la cama, notó la lana que faltaba (no sé si el boquete era grande o pequeño). Cuando llegamos a casa me sentó, me dio la merienda y me preguntó cómo y qué había pasado con el colchón. Se lo conté todo. Al día siguiente fue conmigo a ver a la maestra y mientras me tenía cogida de la mano le dijo que ella me había enseñado a respetar a los padres, a no mentir y a no robar, y que la maestra me estaba enseñando a robar a mi propia madre. Yo estaba un poco avergonzada ya que, después del Duce, allí la máxima autoridad para mí era la maestra.

Seguí en la escuela aprendiendo a leer, a escribir y a dibujar, que se me daba mejor que las matemáticas.

Aprendí el abecedario en italiano, y todavía hoy en día, cuando busco una letra en un diccionario o en la guía telefónica, lo hago en italiano y me atasco en la jota.

De las compañeras de clase las únicas que vivían cerca de mi casa eran Silvana y la ya mencionada Adriana. Un día, al salir de clase, mientras esperábamos a nuestras madres, Silvana dobló la esquina, nos enseñó una iglesia y nos contó que allí, en ese altar, en vez de Dios estaba el demonio, y que los que iban a esa iglesia mataban a los niños en el altar y se los comían, por lo que siempre que se pasara por delante había que darse prisa. Supongo que ya empezaba en Fiume la persecución judía. Siempre hubo una colonia hebrea bastante grande.

Unas navidades teníamos que llevar una composición sobre lo que le pedíamos a la Beffana. En Italia se celebra la Beffana, que es una especie de bruja buena pero fea y vieja, con un capirote negro en la cabeza. La composición la teníamos que hacer en casa. Recuerdo que adorné la hoja con una especie de ángeles y luego mi madre completó con sus palabras lo que yo había escrito. La base de la redacción era que la Beffana trajera volando a mi padre y que si me concedía algún juguete se lo dejaría a esos pobres niños que ya no tenían ni padre ni madre. Yo no estaba muy de acuerdo con la solución, ya que me apetecía algún juguete, pero era tarde y tenía mucho sueño cuando terminé de copiar en limpio el trabajo, así que escribí al gusto de mi madre pero sin convencimiento. Al día siguiente la maestra escogió las mejores redacciones. La primera era la de Silvana. Hablaba del año anterior, de cómo vio a los ángeles que abrían la ventana de su habitación, su vestimenta, sus

alas suaves y cómo la Beffana colocaba los juguetes. Yo estaba tan impresionada —a mí nunca me había tocado verla en carne y hueso, y menos en mi habitación— que no me di cuenta cuando comenzaron a leer la mejor redacción. Que para mi asombro resultó ser la mía. Ese día me nacieron unas grandes alas de confianza.

De Fiume recuerdo perfectamente la escuela y las amistades de mi madre, y el camino que llevaba hacia la consulta del pediatra, pero en cambio se me ha borrado completamente el que conducía hasta el refugio. Sé que íbamos a dos distintos, a uno más que a otro, mi hermano probablemente en brazos de mi madre y yo de la mano de Katiza. Sé que era un túnel grande y alto. Las paredes debían ser de piedra y goteaban constantemente. Se oía el silbar de las bombas y luego el estruendo. La gente mayor lloraba, rezaba y se quejaba. Unos habían perdido su casa, otros a sus seres queridos. El niño llora por hambre, por rabietas o porque algo le duele, y con el lloro reclama alivio (yo creo que no era muy llorona, sólo recuerdo haber vertido lágrimas cuando mi hermano me rompía algún juguete). Pero en esas vivencias el terror te atenaza de tal manera que, por miedo, no te atreves a llorar y solo tiritas y tiritas y no quieres que lloren los mayores. Eres como el pajarillo que cae del nido y tiritas —todo el cuerpo lo hace sin parar— y tus ojos se hacen grandes y aparecen despa- voridos, al darte cuenta de que tu mundo está del revés y que el que te tiene que cobijar y aliviar se queja y llora a su vez. Te paralizas y no entiendes nada. En los refugios, siempre fríos y húmedos, los días y las noches eran larguí- simos. Permanecíamos agazapados, especialmente cuando se tenía de fondo el estruendo de las bombas, y los mayo- res no hacían más que hablar y llorar.

La peor época de bombardeos para nosotros fue entre 1943 y 1944, después de la caída de Mussolini. Los primeros años se destruyeron los astilleros y las fábricas, y durante los últimos había bombardeos por todas partes intentando destruir al ejército alemán. Esos últimos años fueron los peores para la población civil porque ya se estaba formando la Resistencia y estábamos entre dos fuegos: por un lado, los ingleses y la RAF, que nos mataban con las bombas; y por otro, los alemanes, quienes, tras sufrir alguna baja causada por la Resistencia, te mataban con las ametralladoras si te cruzabas en su camino.

Es sorprendente cómo en la más tierna infancia ciertas imágenes quedan grabadas. Debía de ser invierno, puesto que íbamos abrigados; un día oscuro, nublado y con bora. Yo estaba con mi madre al lado del puente que separaba la ciudad de su parte yugoslava. Su desembocadura estaba alambrada de un lado y del otro. Mi madre saludaba, lloraba y mandaba besos a su hermano Daniel. Ambos tenían la cara pegada a la alambrada. No sé si se oían ni sé cuántos años hacía que no se veían. Sé que no lo hicieron nunca más porque él murió al pisar una mina. Iba en el coche con su niño de dos años, mi primo Miro, y al pasar por la carretera, al lado de una plantación de frutales, al niño le apeteció una fruta. Mi tío bajó del coche para coger una, y cuando volvía con ella en la mano pisó la mina y murió delante de su hijo, que quedó varias horas solo en el coche, llorando. Esa fue la primera versión sobre su muerte, aunque más tarde oí otras completamente diferentes.

Cuando se abrió el puente, que debió de ser al poco tiempo de entrar Italia en guerra, por 1941, y las tropas ita-

lo-alemanas ocuparon Yugoslavia, subimos a Trsat. Ahora sé que puede hacerse por la calle. Yo recuerdo muchos escalones, hasta sus 140 metros de altura, y mucha gente que ascendía de rodillas. Según la tradición, a Trsat llegó la Virgen María escapando de no sé dónde y allí estaba su Manto Milagroso (seguramente por eso llegó más tarde a su casa). Pero creo que fue el Papa Inocencio el que decidió que se lo llevaran a Loreto, donde se cambió por una imagen igualmente milagrosa. En tiempos de guerra, los santos tienen mucho trabajo. Todo el mundo les reclama milagros. La petición de mi madre era que terminara la guerra y que volviera papá. San Vito es el patrón de Fiume y tiene un crucifijo con fama de milagroso, así que, claro está, también íbamos a rogarle. Al parecer un día acudimos a la catedral porque a mi madre le dijeron que a cierta hora daba misa un cura que era idéntico a mi padre. Lo era tanto, en efecto, que yo salí corriendo hacia él gritando «papaíto, papaíto» y me agarré a su sotana. Eso lo oí contar pero no lo recuerdo.

La ciudad había crecido y se cruzaba el puente constantemente. Esa parte de la ciudad se llamaba Susak y pertenecía a Yugoslavia. Allí vivía un tío de mi madre, hermano de la *nonna* Bebela. Tenía una fábrica de galletas y, creo, de pasta, e importaba frutas tropicales. Susak no tiene astilleros y apenas fábricas; era más residencial. Por esa razón, los ingleses la bombardeaban poco y podíamos ir allí a la playa. El tío Juraj (Jorge) le daba a mi madre harina, plátanos, naranjas y galletas. Muchas tardes íbamos a su casa, grande y de tres plantas, asomada a Slatina, la playa, en lo que debía ser la zona más elegante. La tía Olga y el tío Juraj tenían un hijo que supongo que tendría unos cinco o seis años más que yo. Se llamaba Zlatko. Con los

años supe que la tía Olga tuvo un solo hijo porque no quería perder la figura. Era muy delgada y según mi *nonna* iba a terminar enferma de tanto guardar la línea. Era una mujer que estaba siempre perfecta y todo a su alrededor corría en consonancia. También Zlatko, a quien recuerdo siempre con su pantalón gris oscuro hasta la rodilla, chaqueta del mismo color, camisa blanca y corbata. Sonreía con timidez y debía de aburrirse muchísimo. Cada vez que llegábamos a su casa nos abalanzábamos sobre sus juguetes, y él disfrutaba viendo a mi hermano como loco con los soldaditos de plomo. Deseaba que llegáramos para regalarle coches, camiones o soldados.

El salón de la casa de los tíos lo recuerdo con muebles que debían de ser de estilo Imperio. Mi madre me había dado la orden de sentarme recta al borde y tener cuidado de no golpear con los zapatos la madera del sofá, lo que resultaba incomodísimo, ya que mis piernas colgaban. Cuando terminó la guerra y los comunistas, bajo las consignas estalinistas, ocuparon Fiume, los tíos fueron considerados burgueses. Las fábricas se nacionalizaron y de su casa sólo les dejaron una habitación para ellos; el baño y la cocina tuvieron que compartirlos con no sé cuántas familias que llegaban del sur de Yugoslavia y se instalaron allí.

La tía Olga se ahorcó con los cordones de las cortinas. Después de irnos nosotros de Fiume, a Zlatko no le dejaron entrar en la universidad por ser hijo de capitalista. Se escapó remando hasta Trieste y de allí se fue a Australia, donde le tocó trabajar en todos los oficios. A principios de los años setenta del siglo XX vino a visitarnos a Madrid, camino de Canadá. Nunca supe si su huída ocurrió antes o después de suicidarse su madre. No sé

si hoy está vivo o muerto ni qué fue de su vida, ya que con los años fui perdiendo la costumbre que me inculcó mi madre de tener contacto con mi clan. Él nos escribió desde Canadá, pero por pereza no contesté. Hace poco supe que tiene derecho a reclamar sus bienes, con los que podría vivir tranquilo el resto de su vida, pero él o sus descendientes no lo deben de saber.

Al abrirse el puente conocí a la persona a la que siempre llamé madrina, la ya mencionada prima de mi madre, Anitza. Debía de ser más o menos de la edad de aquella, pero mucho más moderna. Convertía mi inapetencia en algo divertido, y tenía la paciencia del que abraza la enseñanza por amor a la profesión. Me divertía que me disfrazara de payaso, princesa o tirolesa. Su marido era alto y rubio y me sentaba sobre sus hombros; era muy niñoero. Debían de estar recién casados y no tenían hijos. Él era oficial de la marina yugoslava y su barco fue torpedeado en la costa de Dalmacia, supongo que en 1941. Mi madrina fue allí y mandó desenterrar la tumba donde presuntamente estaban sus restos. Pero encontró otro cadáver, así que continuó desenterrando no sé cuántas otras. En ninguna de ellas encontró a su marido, por lo que decidió que estaba vivo y volvería en cualquier momento. Sería a finales de 1941 cuando se instaló en Susak y montó un colegio para niñas en una villa de Slatina, cerca de los padres de Zlatko, en la avenida que se extiende junto al mar, a mano izquierda. Enfrente, a mano derecha, recuerdo que había una especie de parque, y por debajo pasaba el tren. A la villa se subía por una escalinata muy amplia por la que se llegaba a un patio que estaba enfrente de la casa, y a mano derecha había un jardín con árboles muy grandes. La casa debía de ser de tres plantas y la última –o quizá

solo la mejor parte de la misma— era la vivienda de mi madrina. Me encantaba ir allí. Su colegio era divertido. No se hablaba de soldados que pasaban frío en Rusia, siempre estaban de fiesta, o quizá era lo que a mí me parecía. Lo cierto es que se preparaban las festividades con meses de antelación; para los carnavales se elaboraban disfraces de papel y cada niña tenía uno especial. Nada más terminar los carnavales, traían sacos de piedras ovaladas de la playa que se teñían, embadurnándonos de todos los colores mientras las adornábamos. Anita nos convencía de que esos huevos de Pascua eran mucho mejores que los huevos de verdad, porque si los pisábamos al ir corriendo y buscándolos por el jardín, no se romperían. Luego venía la fiesta de fin de curso de marionetas y, más adelante, el Nacimiento y el árbol de Navidad, que también eran artesanía pura. Todo el mundo participaba: los mayores recorriendo y los pequeños colocando o descolocando. Anita era una artista nata, con un gran sentido de la estética, y a cualquier cosa le daba ese toque especial. Al enseñarme a convertir una piedra marina en un Fabergé, o a dibujar las tarjetas de Navidad con la estrella de Belén o la de Pascua con huevos y pollitos, en el fondo me estaba enseñando a disfrutar de lo que tenía y de lo que se podía hacer con poca cosa usando la imaginación y la paciencia de las que siempre carecí. Me encantaba verla preparar centros de flores, especialmente unos que caían en cascada.

Recuerdo en especial una tarde que me quedé a dormir en su casa. Después del baño y de embadurnarme de Nivea, me trajo una bata larga como la de ella, con las chinelas a juego, sólo que la mía era rosa y tenía bordados unos gatitos. Me sentía grande. Nos sentamos a cenar. Para que yo comiera, tenía la costumbre de decirme que

lo que venía en la cuchara o en el tenedor eran barquitos que llegaban al puerto; y con esta argucia yo abría la boca. Siempre me llamó Koka. Después de la cena decidió que íbamos a disfrutar de un *Strudel* especial y que iba a ser invisible, de manera que solamente nosotras lo paladearíamos. Siempre que como esta delicia me acuerdo de la parsimonia con la que degustamos el *Strudel* virtual.

En otra ocasión, debía de ser primavera o verano, Bruno y yo jugábamos en el jardín. Bruno era hijo de su hermana y creo que Anitza se ocupó de él hasta que terminó su carrera. Era su niño. En fin, jugábamos en el jardín y un pajarito se cayó del nido; lo cogimos y salimos corriendo por la escalera buscando a Anitza para que nos ayudara a devolverlo a su nido. Entramos como una exhalación en su dormitorio. Mi madrina y un oficial estaban en la cama. Nosotros seguimos con nuestra perorata. Ella nos pidió por favor que saliéramos y la esperáramos. Por fin nos advirtió de que no se entraba a las habitaciones sin llamar ni pedir permiso, que eso era de muy mala educación. Nunca se lo conté a mi madre, ya que las trastadas y cosas de mala educación me las callaba para evitar la regañina. No sé por qué razón yo sabía que era un oficial alemán de muchas medallas. Tengo idea de que algún día fui de paseo con ellos.

Al terminar la guerra, mi madrina se volvió a casar, con un abogado croata, y tuvo una hija que se llama Mirna. Supongo que se convirtió en comunista, como todos los que se quedaron en Rijeka. Durante la independencia de Croacia, Anitza se dedicó en cuerpo y alma a Caritas, ayudando a niños desplazados y refugiados de guerra. Imagino que les enseñaría a pintar los huevos de Pascua, y no me

sorprendería que los adornara de una forma más bizantina para compaginar el sentir de los bosnios y serbios con el de los croatas. Después de todo, el arte bizantino es un mestizaje de culturas y Croacia, aunque tradicionalmente católica, acogió esa costumbre ortodoxa. El ser humano es acomodaticio, resistente a las inclemencias como el tronco recio y sufrido del olivo; antes o después se amolda a todo y esas inclemencias son esos hilos que nos unen.

Otra persona muy importante para mí fue mi tío Antonio, el hermano favorito de mi madre. Debía ser un verano, creo que el de 1942, y estábamos en Bersezio. De pronto se presentó él con el traje de oficial del ejército italiano y con un capote del que recuerdo que la *nonna* dijo que estaba lleno de pulgas (yo entendí que eran unos bichos que se comían a la gente). Mi tío traía una gran maleta de mimbre, y cuando la abrió estaba llena de rosas. Venía de Ventimiglia –frontera con Francia– y esa ciudad era un vergel de flores. Siempre quise conocerla. Al ver las flores, mi *nonna* lloraba y reía diciendo que estaba loco, que no hacía más que gastar dinero en libros y flores. Con los años me enteré que estaba en casa como preso político (arresto domiciliario) y que podía salir solo para dar cortos paseos. Sé que el motivo era la correspondencia que mantenía con un escritor antinazi. No sé ni el nombre del escritor ni a quién le encontraron la correspondencia.

Yo al principio tenía celos de mi tío Antonio, ya que para la *nonna* y para mi madre todo giraba alrededor de él. Pero esos celos duraron poco porque el recuerdo siguiente es de él en su estudio rodeado de libros y yo en el suelo hojeando un libro de Louis Figuier sobre todas las especies de pájaros y sus extraños nidos. Permanecía quieta

hasta que él se levantaba de su asiento, se ponía a cuatro patas y me montaba al caballito. Luego íbamos a pasear y aprendía los nombres de los pájaros y de las flores que nos rodeaban. El contacto con mi tío Antonio debió de ser corto pero muy intenso, y yo lo adoraba. Recogíamos las hojas de las plantas (que yo luego pegaba en un cuaderno) y decidíamos si eran como las patas de los gansos o de algún pájaro. Los cuentos que me contaba eran sobre unicornios o sobre el lobo que se metió en la piel de oveja. En ellos los animales hablaban con las plantas. De la colección de Figuiet, mi prima me entregó hace poco el tomo sobre los moluscos, que no me debía de atraer mucho en aquella época porque no tenía memoria del mismo.

Sí recuerdo el cuento de la bruja Medea y los argonautas. Medea había robado un cordero de oro y se escapó a Losinj. Su hermano la persiguió y la encontró, pero ella le puso una trampa y aquel se cayó en pedazos al mar. Estos pedazos se convirtieron en los islotes que rodean Cres y Losinj y por eso surgía allí el Ave Fénix, porque siempre, tras una caída, hay que levantarse con alegría y volar alto, con alas fuertes y verdaderas, no de cera, pues éstas se derriten al sol y no se elevan.

Mi tío Antonio hablaba más de diez idiomas. Con él aprendí a decir buenos días y buenas noches en griego, inglés, alemán, húngaro y español. La primera palabra que aprendí en español fue en Bersezio, o por lo menos es lo que recuerdo, porque la pronunciaba mal y repetía «ceniza, ceniza». Es curioso que todavía hoy en día no la pronuncie bien.

Me hablaba de nuestros ancestros, que al igual que los venecianos habían llegado de Asia Menor. Un día me contó

que antiguamente creían que la tierra era como un plato que flotaba sobre el mar y estaba rodeada de la bóveda celeste, pero me explicó que en realidad era redonda como una pelota. Lo recuerdo porque en ese momento pensé que mi tío creía que yo era pequeña y me contaba una fantasía, ya que cualquiera podía ver que la tierra flotaba sobre el mar como un plato. Pero no le contradije.

Cuando anoecía, desde la ventana me enseñaba las estrellas y yo aprendía los nombres de las constelaciones. Supe que cuando empieza la bora, que es un viento repentino que desciende de las altas montañas ululando con mucha fuerza, en Fiume y Trieste arrastra con todo lo que puede al mar. Cuando eso ocurría, apoyábamos la cara en el suelo para oírla silbar por debajo de las puertas. El ulular de la bora no es agradable, pero escucharla con él era como una sinfonía de Sibelius. Yo me pasaba las horas a su lado, en su despacho. Era el amor de un perrito hacia su amo. Si él estaba enfrascado en su libro, yo en el mío tumbada en el suelo. Un día me enseñó una fotografía, del tamaño de una postal, de una chica morena muy guapa. Me preguntó si me gustaba. Le dije que mucho, a lo que respondió que yo también le gustaba a ella y que iba a ser mi tía. Muchos años después, al preguntar por esa foto, nadie sabía de cual se trataba. Supongo que se la llevaría consigo.

A principios de 1942 el gobierno del Duce anuló la prisión domiciliaria de mi tío y se lo llevaron a la cárcel de Ancona. El 25 de junio de 1943, el rey de Italia pide la dimisión de Mussolini y se libera a los presos políticos. Mi tío, no se sabe ni cómo ni por qué, estuvo en contacto con ingleses o americanos. Volvió a Istria. Cuándo y cómo, lo ignoro, pero lo mataron en el Monte Učka en abril de 1944. Creo

que ese día asesinaron a unas diez personas de la Resistencia. Existe una ligera sospecha de que a él lo ejecutaron los mismos partisanos. Hay un monumento con el nombre de los asesinados en Učka, pero el suyo no aparece. Sólo hay una placa en la casa donde nació, que le define como «Intelectual que luchó contra el Fascismo». ¿Es posible que además de antifascista fuera antiestalinista? Nunca lo sabré.

Tenía la costumbre de traducir frases en la mayoría de los libros, y lo chocante era que traducía los alemanes al italiano o viceversa; los libros ingleses al francés, y los españoles al inglés; pero nunca al croata. Lo triste es que entre sus libros había muchas primeras ediciones y los alemanes se llevaron casi todos. Y los que quedaron, si no los estropearon los niños, fueron en su mayoría deteriorados por la humedad o comidos por los ratones.

Escribiendo lo anterior, se aclaran en mi mente muchos puntos de esa época. Cuando llegó de Ventimiglia con su maleta de mimbre llena de flores y su capote de oficial con pulgas, llegaba a casa como preso político. La *nonna* y mi madre lo mimaban no sólo porque para la primera era su niño pequeño y para la segunda su hermano favorito. Estarían preocupadas y asustadas. Por mi parte, no sólo me encantaba colocarme un birrete rojo de terciopelo (de un rojo como los del pincel de Rembrandt) que tengo idea que era de Lovaina; yo lo adopté como si fuera mi padre. Con él yo era un ser dócil dispuesto a absorber el máximo de conocimientos. Esa convivencia debió de durar un verano. No recuerdo cuándo se marchó, si se fue él antes de Bersezio o si me fui yo antes a Fiume. Supongo que simplemente evitaron el que yo presenciara su salida hacia la cárcel.

Hace poco, comentando estos trágicos momentos con mi prima Branka, hija de mi tío Ricardo, me contó que este sabía que había unos documentos escondidos en algún muro de la huerta de alrededor de la casa; documentos que había escondido el tío Antonio. Este, para salvarle la vida, no le dijo a su hermano ni el sitio donde estaban ni de qué se trataba. Parece que mi tío Ricardo se pasó el resto de su vida buscando el dichoso agujero y nunca lo halló. Un día que Branka recordaba delante de sus nietos cómo el pobre bisabuelo se había dedicado a buscar un tesoro por todos los muritos, el niño de ocho años salió corriendo y volvió con lo que Bruno y yo habíamos hallado cincuenta y tantos años antes: un frasquito con unos papeles en clave que nosotros no habíamos logrado descifrar muchos años antes. También me enteré de que en su época de preso domiciliario el tío Antonio destruyó junto con su hermano Ricardo muchos libros y papeles. Su familia desconocía que tras su liberación carcelaria había vuelto a Istria.

Con la incorporación del Reino Serbo-Croata a nuestro glorioso pueblo, vino a visitarnos por unos días mi primo Davor, hijo de una hermana de mi madre de nombre Alba. Ellos vivían en Zagreb. Davor era exactamente doce años mayor que yo, ya que nacimos el mismo día y mes. Era un gran deportista y se preparaba para una olimpiada, no sé si en natación o esquí. Para mí, tener un primo tan grande y tan importante me llenaba de orgullo. De su estancia en Fiume recuerdo que fuimos andando a Slatina, supongo que para saludar a la familia del tío Juraj o para ir a la playa. Estoy convencida de que mi madre insistió para que me llevara con él. Era presumido, alto, rubio, de ojos azules, y su porte el del típico *pjijo* de Zagreb. Todas las

chicas lo miraban y yo iba orgullosa a su lado, intentando leer en alto todos los letreros que había en la calle para demostrar que yo también era mayor. Llegó un momento en que él, harto de mi lectura callejera, me espetó: «Ya sé que sabes leer». Otro día fuimos con él a casa de la *nonna* Giuliana. Mientras yo pasaba por el pasillo, Davor tenía la puerta de su habitación abierta y de su maleta sacó una caja de bombones que se estaba comiendo. Allí estaba yo, en la puerta, esperando un bombón, pero él con la mano hizo el gesto de que me fuera y cerró la puerta. Bajé y, dolida, se lo conté a la *nonna*. Ella sólo meneó la cabeza.

Años más tarde, cuando en realidad nos llegamos a conocer, le conté los dos únicos recuerdos que tenía de su persona. Ambos soltamos una carcajada. De los primos, fuimos los que más contacto tuvimos y los que más unidos estuvimos, ya que nuestras vidas, mejor dicho nuestras vivencias, en cierto modo fueron paralelas. Ambos sufrimos el éxodo y, además, nos unía un ser al que los dos habíamos amado y admirado: su hermana Inés.

Inés debía de tener más o menos seis años más que yo. No sé con quién vino a Istria ni por cuánto tiempo. Supongo que era verano y, si es así, sería el de 1941. Era un ser entrañable de ojos de color castaño dorado y dos trenzas muy gordas del mismo color. Sus labios eran gordozuelos, como los de la *nonna* o los de mi madre. Era como un cervatillo. Todo en ella dulzura y suavidad. Siempre estaba dispuesta a ayudar. «¿Puedo ayudarte?» era su frase más repetida. Con ella empecé a colocar bien mi ropa y a guardar los juguetes. Inés había tenido la escarlatina, que le había dejado una lesión cardíaca. Tenía la tripita hinchada y la calle, que para mí era llana, para ella se convertía en

una montaña. Al lado de ella, la cabra loca saltarina parecía un cordero. Le daba la mano para ayudarla y ella sonreía, siempre sonreía. Su estancia no duró más de un mes pero nos despedimos abrazadas y llorando. Ella me prometía que volvería pronto y yo que iba a ser obediente y buena. Tenía la sensatez de una persona adulta curtida en el dolor. Creo que hasta a la tía Carla se le saltaron las lágrimas, y eso que le había puesto un mote, como solía hacerlo con todo el mundo: la llamaba *la musulmana*, ya que su padre había vivido en Bosnia. La tía Carla tenía la mala costumbre de imitar la forma de hablar de la gente. Imitaba el acento de Zagreb de Inés o el mío italiano, de una forma maliciosa que, mientras a Inés le provocaba una sonrisa, a mí me molestaba.

Si hubiera tenido una niña, la habría llamado Inés.

Con la apertura del puente, mi madre empezó a ir a la campiña croata cerca de Zagreb. Iba con sus abrigos de piel, y no sé que más, para canjearlos por comida e, imagino, dinero. Sé que el último abrigo que vendió fue uno de cuero de mi padre. Eso se lo comentó dolorida a la madre de Ileana. Los padres de Ileana eran antiguos fumadores y vivían cerca de nosotros. Su casa era un palacete inmenso, con jardines, caballeriza y huerta, todo rodeado por un muro. Debía de ocupar, por lo menos, dos manzanas. Ileana era mayor que yo y daba clases de equitación. Lo que más recuerdo de esa casa es el árbol de granadas, cuyo fruto debió de sorprenderme; los caballos que el abuelo me dejaba acariciar y, en especial, un carruaje con adornos dorados y forro de terciopelo. También puedo evocar a la madre de Ileana y a la mía comentando lo elegante que era una tal Liliana, la ropa que llevaba, el corte

de pelo que tenía... Luego, con los años, me di cuenta de que hablaban de Lilian de Rethy, la madrastra del rey Balduino y cuñada de nuestra *pobre* princesa María José de Bélgica. Mi madre siempre se refería a ella como *la pobre*. En algún momento, Katiza se fue a trabajar como cocinera a casa de los padres de Ileana.

Bastante antes de terminar la guerra, la mayor parte de toda esta gente de la que estoy hablando había desaparecido, o al menos yo no los volví a ver. Ni a Ileana, ni a Ichi ni a Silvana. Fue como si se los hubiera tragado la tierra. Desconozco si murieron durante la guerra o si, tras la caída de Mussolini, escaparon a otra parte o se los llevaron a campos de concentración.

Hablando de amigas de mi madre, recuerdo una anécdota de la que casi me había olvidado pero que según la cuento más me sorprende por lo egoísta y cruel que puede ser un niño, o por lo menos yo. A nuestro lado vivían los Locatelli, que debían de ser mayores que mis padres. Fuimos a visitar a la señora. Ella estaba en la cama muy preocupada; algo le había pasado. A mí me dieron un cuento con muchas imágenes y me sentaron al lado de la ventana. No tengo la menor idea de qué cuento era, creo que para ese entonces no sabía leer o simplemente lo que pasaba a mi alrededor me resultaba más interesante. La señora Locatelli tenía una especie de turbante en la cabeza bajo el cual se asomaban unos mechones de pelo como yo nunca había visto; eran de color naranja. Ella lloraba y lloraba mientras decía: «Qué tragedia, qué tragedia, Anna mía». Según pude entender, su marido se había ido de viaje y ella quiso sorprenderle tiñéndose el pelo del mismo color que tenía una famosa actriz, pero se lo habían estropeado. Para

colmo, no podían solucionarlo antes de una semana porque, si lo hacían antes, se quedaría calva como un melón. Yo miraba mi cuento, pero en él me imaginaba a la señora Locatelli sin pelo. En realidad no me apetecía verla con un melón por cabeza. Allí estaban las dos diciendo: «¿Qué podemos hacer?». La pobre Locatelli no hacía más que repetir: «Me quiero morir. Gianni llega mañana y no quiero que me vea así. Anna, me quiero morir». Y yo pensé que no importaba si se moría.

Un día apareció una mujer en casa. Venía llorosa y terriblemente asustada. Llevaba una melena corta de color castaño oscuro. Debía de ser ya de noche y seguía en casa cuando me levanté. Mi hermano no hablaba todavía, pero a mí se me ordenó que no dijera nada a nadie, ni siquiera a Katiza, que seguía viniendo a casa algunas horas (o todo el día si lo tenía libre). No recuerdo que mi madre explicara nada más, pero intuí el peligro y fui una tumba. Nunca supe su nombre ni quién era esa mujer; ni quién la trajo a casa, creo que alguien la acompañó. Debí de oír algo la primera noche, posiblemente cuando me fui a la cama (siempre he tenido un oído sorprendentemente fino y las circunstancias me hicieron intuitiva), sobre que la SS se había llevado a su marido y a su hijo. No sé por qué, pero tengo la idea de que el esposo era médico y de que ella llegaba de la calle y lo vio todo. También sé que tenía una religión distinta a la nuestra. No recuerdo haber conversado con ella, aunque hablaba el italiano.

Mi hermano y yo rezábamos todas las noches antes de acostarnos a una imagen de San Antonio, y luego dábamos el beso a una foto de mi padre. Cuento esto porque una de las tardes que empezó a ulular la sirena, mi madre

decidió que como estábamos acatarrados nos quedaríamos en casa y que ocurriera lo que Dios quisiera. Nos metimos en un baño pequeño al lado de la cocina porque, según mi madre, los pilares eran más consistentes. Recuerdo que afuera lucía el sol. Las bombas caían cercanas y todo retumbaba. A cada bombazo, mi madre repetía «San Antonio, ayúdanos». En una de las explosiones aquella mujer también imploró al santo. Levanté la cabeza y ambas nos miramos. Supongo que nos teníamos miedo mutuamente. Ella, de que yo hablara más de la cuenta; yo, porque olfateaba el peligro. No sé si me imponía o simplemente tenía miedo de tener que guardar el secreto.

Igual que llegó a casa se fue. No sé si estuvo una semana o dos, pero nunca se lo conté a nadie hasta que llegué a Caracas y lo hice con mi padre. Cuando él terminó de sonsacarme todo lo que yo recordaba del suceso, llamó insensata a mi madre y la culpó por haber puesto en peligro su vida y la de sus hijos. Nunca osé preguntar quién era esa enigmática mujer. Me di cuenta de que era un capítulo intocable o posiblemente quise ponerme a salvo evitando saber más. Aún ahora, después de tantos años, me tiritan las vísceras al describirlo.

Más recuerdos: sería Semana Santa o verano de 1943 y estábamos en Bersezio. Delante de la casa de la *nonna* paró un camión de soldados alemanes. Hasta entonces lo hacían para pedir agua o simplemente para descansar. Esta vez su llegada fue brusca. Estábamos mi madre con mi hermano y conmigo, y la tía Carla con Dida, Branka e Inés, que tendría unos meses. Los alemanes querían saber dónde estaban los padres de las criaturas. Parece que mi madre había dejado toda la documentación importante

en Bersezio para protegerla de los bombardeos, así que la tenía a mano para demostrar que mi padre era prisionero de guerra en América. Mi tía Carla tenía tres bebés pero no sabía dónde estaba su marido, así que la montaron en el camión, donde había mucha gente. Según parece, un alemán me vio con un babi del colegio con la raya roja en la manga y me cogió en volandas. Me estaba metiendo en el camión cuando la *nonna*, llorando, logró explicarle en su idioma que aquella raya roja significaba primer curso del colegio y que mi padre estaba prisionero. Para entonces yo ya debía de estar en una especie de estado de *shock*, pues de todo aquello sólo recuerdo muchos brazos y que la *nonna* Giuliana era muy baja en relación con lo alto que era el alemán.

Posiblemente ese viaje a Bersezio lo hicimos en el *vaporetto*, cuando yo todavía hablaba como un loro. Tanto es así que tuve la ocurrencia de anunciar que la BBC había dicho que el general Montgomery estaba a punto de cruzar el Estrecho de Messina. Un hombre gordo y sudoroso, con camiseta blanca, le dijo a mi madre, con voz queda pero imperativa: «Haga callar a esa niña». Lo recuerdo al mínimo detalle: su mirada al decirlo casi sin abrir la boca. Creo que en ese momento aprendí a callar y, especialmente, a no ver.

Debo aclarar que por aquellas fechas, exactamente el 25 de julio de 1943, nuestro emperador pidió la dimisión de Mussolini y nombró al general Badoglio, quien proclamó el armisticio. Berlín declaró a Fiume «Zona de operaciones del Adriático del Tercer Reich», lo que provocó que todos nosotros viviéramos como en un polvorín los dos años siguientes.

En aquel verano de 1943 se llevaron a la tía Carla. Tengo la certeza de que fue el mismo verano en el que el oficial alemán mató a mi Morito. Posiblemente fue por esa fecha también cuando iba con mi lechera y encontré a los dos muertos boca abajo sobre aquella gran piedra gris que formaba un montículo ovalado. También podría haber sido en esos días cuando oí a mi madre y a mis tíos cuchichear sobre cómo habían hundido en el mar los cadáveres. Estoy casi segura de que debió de ser todo seguido. El orden de todos estos acontecimientos lo desconozco, pero el que fuera el último debió de dejarme una especie de estupor mental, como si se hubiera desenchufado un cable en mí.

Ahora soy consciente de que los acontecimientos desagradables de mi infancia los escondí celosamente en lo más íntimo de mi ser. Nunca hice preguntas a lo largo de años pero ahí estaban mis recuerdos, con los más nítidos detalles, y al escribirlos me estremezco de la misma manera que lo hice en su día.

Cuando empecé a escribir estas páginas no necesité hurgar en los recuerdos de mi infancia. Había en especial cuatro vivencias de terror, o más bien de incompreensión para una mente infantil, que sobresalían sobre todas las demás, buenas y malas. Tres de ellas fueron las anteriores, y una de ellas me dejó durante días o semanas incapaz de captar lo que pasaba a mi alrededor.

Sé que a la tía Carla la recluyeron en la cárcel de Fiume hasta el final de la guerra, y que en los interrogatorios muchas veces perdía el sentido, pues la torturaron de todas las maneras posibles, tanto que nunca más volvió a estar psíquicamente bien.

A los pocos días mi madre nos subió a una habitación donde no había casi muebles. Una mesa grande, un espejo también grande en la pared y un violín o laúd. Eugenio empezó a dar mamporrazos con el dichoso violín. Alcanzó al espejo y una esquirla hirió en un ojo a Branka, que debía de estar gateando a su lado. Ese día mi madre lloraba y chillaba como una loca. Se fue corriendo al hospital de Fiume con la niña, en pleno bombardeo. El ojo se salvó, aunque le quedó de por vida la marca en la pupila, como un tenue hilito negro. No sé cuántos días estuvieron en el hospital. Sé que mi madre iba y venía. También a la cárcel para tener noticias de la tía Carla.

Nuestros soldados iban y venían igualmente de un lado a otro.

Quince días más tarde del citado cese de Mussolini, nuestra familia real escapó precipitadamente. La amada población, que se las arreglara como pudiera. Cuatro días más tarde desembarcaba Montgomery en Messina.

Con todo lo anterior, el ejército italiano se quedó de repente sin dirección. Un día antes se le habían cantado las glorias de la conquista de Crimea y Alejandría, y de pronto ya no había Duce ni rey. Aunque Badoglio proclama el armisticio, nuestros soldados no reciben ninguna orden ni saben si lo que se dice es verdad. Sus aliados les escupen y los desprecian. Así que los de Pula corren hacia Fiume y los de Fiume hacia Pula. Caravanas de camiones se cruzaban delante de la casa de la *nonna*. Los que venían de Fiume decían que por el este entraban los rusos, y que en sus borracheras fusilaban a todo el mundo. Los de Pula habían oído que por el oeste llegaban los *Burjas*, soldados hindúes del Imperio Británico que supuestamente

eran aun más sanguinarios, ya que entre sus costumbres estaba empalar a la gente. Otros afirmaban que por el sur llegaban los americanos (los que habían acabado con los indios). Nadie sabía si lo del armisticio era verdad.

Pero Fiume —zona de operaciones del tercer Reich— era mientras tanto bombardeada con brutalidad por la RAF. Su propósito era la destrucción total. El nuevo Carlomagno tenía la intención de no dejar vivas ni a las hormigas. El soldado, en todas las guerras, se convierte en un ser amoral. Estoy convencida de que se siente orgulloso de su belicosidad. El enemigo es simplemente una cloaca llena de ratas a las que hay que matar sin piedad. El que lo sufre se convierte en eso, en una rata que intenta escapar y corre de aquí para allá e intenta morder al que le ataca. Nunca se valora el horror sufrido por la población civil. Sus muertos simplemente forman parte de una estadística del botín de guerra. Soy consciente de que más del noventa por ciento de los soldados, cuando van al frente, no es por su propia voluntad y van asustados, pues dejan atrás sus hogares, su trabajo, sus ilusiones. El Condottiero, la política y el patriotismo serán las razones que, tras un tiempo, les lleven a luchar por una Causa Justa: van a aniquilar a la Bestia y a esta sólo se la puede anular de una forma igualmente bestial. En consecuencia, se convierten en amoraes y sanguinarios.

Ahora que nos habíamos rendido, los bombardeos eran diarios, a veces mañana, tarde y noche. Resultaba muy deprimente. Recuerdo perfectamente los recorridos que hacíamos con mi madre: hospital, pediatra, amigos, colegio, etcétera. Hasta recuerdo dónde fui a ver la bicicleta con mi padre. Y los olores del mercado o del hospital,

pero en cambio el recorrido al refugio lo he borrado de mi mente. En uno de esos bombardeos mi hermano se perdió. Yo estaba en el colegio y mi madre había ido con él al banco. En el camino había una juguetería. Mientras mi madre estaba en la ventanilla del banco, Eugenio se escabulló para buscar la tienda. Sonó la sirena. Mi madre corría por el Corso, que siempre ha sido peatonal. Con la muchedumbre huyendo es difícil encontrar a un niño pequeño y más cuando de fondo se oye el silbido de las bombas. Yo estaba en el refugio con el resto de las colegialas cuando llegó una amiga de mi madre con mi hermano en brazos. Casi al final del bombardeo llegó ella llorando, completamente histérica. Siempre me dio miedo ver llorar a los mayores. Me asustaba.

De los refugios me quedó la fobia a los subterráneos. Detesto las armas, y las celebraciones con cohetes las evito.

Durante los casi dos años entre estos episodios que estoy contando y el final de la guerra seguí yendo al colegio. Ya no levantábamos la mano para exclamar «viva el Duce». Creo que ya ni Ichi venía a casa; salíamos solo lo imprescindible e íbamos pegados a mi madre como dos sellos. Nuestros juegos se desarrollaban en el jardincito, con las tortugas. Hasta san Nicolás se había olvidado de nosotros. Un año me trajo una cunita y una muñeca que a mí me parecía haber tenido antes pero que, según mi madre, era la hermanita de la otra. Efectivamente, la ropita de la cuna y los vestidos eran distintos. También nos trajo unas naranjas. Decidí que san Nicolás era tonto y me negué a probarlas con verdadera rabietta.

Me imagino que de vez en cuando acudíamos a Susak, donde el tío Juraj o mi madrina, pero ya no íbamos al par-

que de diversiones ni al circo, y si estábamos en la calle y nos encontrábamos con soldados alemanes, entrábamos en el primer portal porque eran comunes las redadas tras algún incidente contra ellos.

En ese intervalo, seguramente en marzo de 1944, un día resplandeciente estaba en casa de la *nonna* Giuliana. La tía Carla estaba en la cárcel, el tío Ricardo, por lo que me enteré luego, se había hecho un zulo y estaba escondido lejos de casa, ya que los alemanes se llevaban a todos los hombres jóvenes. Las niñas estaban con una hermana de la tía Carla, y mi madre y mi hermano no tengo ni idea de dónde paraban aquel día. Debían ser las primeras horas de la tarde cuando llegó un hombre joven. No era muy alto, tenía el pelo castaño claro y los ojos grandes del mismo color. Vestía pantalón y camisa caqui, con las mangas remangadas. Sus brazos y su rostro estaban dorados por el sol. Llevaba una pequeña mochila de la que sacó una carta que entregó a la *nonna*. Le dijo que se la enviaba mi tío Antonio. A la *nonna* le empezaron a temblar los labios. Justo en el momento en que decía «está vivo», pararon delante de la casa tres camiones de los que saltaron alemanes con fusiles. El joven le dijo que quemara la carta y la *nonna* me dijo algo así como «enséñale el camino al sótano». El recorrido a la escalera del sótano era corto. No sé si se lo señalé pero creo que no hice nada más. Ya los alemanes estaban dentro de casa y me encañonaban con la bayoneta, mientras yo avanzaba. Entramos en los dormitorios de la planta baja y me agaché debajo de las camas (no sé si la *nonna* tuvo que ir a la planta de arriba). Bajé al sótano despacio, no entendía el alemán pero sabía perfectamente lo que me mandaban. Nunca miré para atrás, simplemente obedecía. El frente del sótano estaba

diáfano. A mano derecha había una puerta que salía a la parte de atrás de la casa. Tuve que ir a la derecha y en cierto punto girar a la izquierda, donde había una especie de corredor formado, entre otras cosas, por unas grandes tinajas. Había dado solo unos pasos por ese corredor cuando de detrás de una tinaja salió con las manos en alto aquel joven visitante de los ojos sonrientes. Cuando pasó por mi lado me acarició la cabeza y me sonrió. Fue una sonrisa que nunca olvidaré: estaba llena de ternura. Una triste ternura. Allí mismo empezaron a darle con la culata por todas partes. Cayó al suelo, sangraba y seguían pegándolo. No recuerdo cómo subí ni qué pasó después a mi alrededor, sólo recuerdo que lo colgaron de un árbol y la lengua le sobresalía de la boca.

Durante muchos años me sentí culpable de no decir dónde estaba la puerta del sótano, y aunque siempre me explicaron que la casa estaba rodeada y que no había escape, yo me sentí culpable de su muerte. Tardé mucho en darme cuenta que con su caricia y esa sonrisa intentó borrar mi terror.

Como ya he dicho anteriormente, al escribir estos recuerdos me doy cuenta de que puedo evocar detalladamente los instantes que me impactaron en mi primera infancia como si fueran una película, una visión completa del entorno en el que me movía. De golpe, en no sé qué momento, el entorno deja de tener importancia y me fijo en las personas, en los ojos, en el movimiento de las manos y en cómo se expresan.

Ahora soy consciente de que los acontecimientos desagradables de mi infancia los escondí celosamente en lo más íntimo de mi ser. Nunca hice preguntas a lo largo

de años pero ahí estaban mis recuerdos, con los más nítidos detalles, y al escribirlos me estremezco de la misma manera que lo hice en su día.

Solo una vez hablé de aquel trágico momento que acabo de describir, y fue por escrito, en el último curso de Literatura Inglesa en el Rhodes Preparatory School. Teníamos que hacer una especie de *short story* (cuento) sobre algo que nos hubiera impactado. El profesor me pidió permiso para leerlo en la clase. Yo no tuve valor para asistir a la lectura. Hace unos años mi primo Miro me dio un artículo escrito en un aniversario de esa muerte, describiendo los hechos. Habla de mi presencia. Tengo guardado el recorte pero nunca lo he leído completo. Recientemente mi prima Branka sacó la conversación de este suceso y me contó que, según su padre, ese día los alemanes registraron toda la casa, revisaron todos los libros y por suerte encontraron el *Mein Kampf* escrito en italiano con frases traducidas al alemán de puño y letra de mi tío Antonio. Según parece, eso nos salvó de que nos quemaran con casa y todo. Nunca he leído el libro completo, pero al hojear el que nos salvó la vida me sorprenden las frases traducidas. No se trata de frases grandilocuentes de un paranoico. Están traducidas solamente las magnánimas, salpicadas a lo largo del libro. ¿Por qué? No lo sé. ¿Sería un pasaporte a la vida? Un día revisaré mejor ese libro.

Las fuerzas anglo-americanas tardaron casi dos años desde la invasión de Sicilia en recorrer la península hasta el norte. Fiume fue liberada y ocupada, o como se le quiera llamar, el día 3 de Mayo de 1945, a manos de los partisanos.

No tengo ningún recuerdo preciso de cómo acabó la guerra ni de lo que pasó en esas fechas. En 1945 se pre-

vén para la Venecia Giulia dos zonas de ocupación militar denominadas A y B, separadas por una línea divisoria llamada Morgan. La primera zona para los angloamericanos y la segunda para los yugoslavos. En 1947 se firma el Tratado de Paz con una definición provisional para el problema con Trieste. Con el Tratado de Londres se establece que la zona A sea parte de Italia y la zona B parte de Yugoslavia. Será en 1975, con el Tratado de Osimo, cuando se establezcan las fronteras finales que confirmen la situación de 1954. Te cuento esto porque, como verás, otra vez tardaron muchos años en repartirse Istria, cuya mayor riqueza consiste en estar en un punto estratégico.

Con la liberación/ocupación, nuestra ciudad se pasa a llamarse Rijeka. Tenemos leche y huevos en polvo que nos envían los americanos. A mí no me gustaba nada la leche, y sin embargo aprecié la que nos daban en polvo (mi madre no lo podía entender). En el colegio se habla el serbocroata y allí me cambian el nombre. En vez de Luigina, que es demasiado italiano, ahora me llamo Vjekoslava. A mí me da igual. En casa todo el mundo me llama Gina, como siempre. Se lo cuento a la *nonna* y le digo que todos están locos. Ella se ríe.

En clase ahora está el retrato del mariscal Tito. Mientras en la época de Mussolini a los niños creo recordar que se les llamaba *Barilas*, ahora somos *Pioneros* y los mayores *Drug* o *Drugarica* (camarada). Los días festivos llevamos una gorra con una estrella roja en la frente y un pañuelo rojo atado al cuello. Aprendo el alfabeto cirílico, ya que el serbocroata, que es la lengua oficial de Yugoslavia, se escribe con ambos caracteres; en unas zonas con los símbolos cirílicos y en otras con los latinos. El nuevo alfa-

beto es mucho más amplio que el italiano. Hay una nueva asignatura que es la de Lengua Rusa, cuyo abecedario es todavía más largo. Decido, no sé por qué razón, usar el alfabeto italiano e intercalar las letras restantes utilizando una lógica no siempre correcta. De todas maneras es una edad en la que absorbes el aprendizaje como una esponja. Mi equipaje escolar en lectura era bastante bueno, ya que de ello se habían ocupado todos, desde la *nonna* a Linda, pasando por el tío Antonio y mi madrina. Mi oído estaba acostumbrado a escuchar varias lenguas. Además del ruso, teníamos otras asignaturas nuevas: ballet, música, gimnasia rítmica... Hago ballet. La profesora es rusa y nos habla en su idioma. Me gusta, aunque me regaña porque mis brazos, en vez de alas, parecen sacacorchos.

Debió de ser a finales de curso cuando representamos *El lago de los cisnes* en el teatro Fenice. Me sentía feliz; nos maquillaron y me encantaba el casquete de plumas que llevábamos en la cabeza. Tenía nuevas amigas, en especial una que se llamaba Dafinka y era de Zagreb. Ya no había bombas e íbamos menos a Bersezio. Con la nueva situación política, en la familia había de todo. La mayoría simplemente se fue amoldando a las nuevas circunstancias. El tío Ricardo estaba feliz del triunfo y plenamente convencido de que Tito y el comunismo habían salvado a Europa de las huestes fascistas. La *nonna* Giuliana se quejaba de que todos estaban locos y de que a su primo le habían condenado a trabajos forzados con una pena de sesenta años (él debía de tener más o menos esa edad) por el discurso que había dado a la ciudadanía cuando los soldados de Tito estaban a punto de entrar en Zagreb. Había pedido «tranquilidad mientras entraba el enemigo». La condena fue por usar la palabra *enemigo*, y la *nonna* insistía en la pala-

bra *tranquilidad*. A partir de entonces, para una parte de la familia, igual que en el resto de Yugoslavia, pronunciar el nombre de ese primo estaba prohibido y los libros de su padre desaparecieron de las estanterías. Volvió a resurgir como literato con la nueva República de Croacia. Hoy te glorifican, mañana te lapidan, y a veces resurges.

Pero volvamos a Fiume, mejor dicho a Rijeka. Su carnaval existe desde la Edad Media y culmina el último domingo antes de Cuaresma con el desfile de cientos de máscaras que bailan en el Corso. En la escuela decidieron que era una fiesta burguesa y que nosotras, como buenas *pioneras*, no debíamos ir. En vez de eso, colaboraríamos en el desescombro de las ruinas de los bombardeos. Llegué a casa con la noticia. No sabía que mi madre nos tenía preparado el disfraz para asistir al teatro Fenice, donde siempre se hacía una fiesta infantil de disfraces. El teatro estaba enfrente del colegio. Lo de desescombrar, a mi madre le pareció una locura. Dijo que lo único que faltaba era que me cayera en algún hueco y estallara alguna bomba o granada. Además, según ella, yo estaba con un principio de catarro. Así que me vestí de reina del ajedrez y Eugenio de alfil, y nos fuimos al baile a curar el catarro.

Al día siguiente en clase, una niña se levantó y me acusó de ir a la fiesta burguesa de Carnaval en vez de cumplir con mi deber de pionera. La maestra me mandó ponerme de pie y todas las niñas me miraban como si fuera un gusano al que había que aplastar. De pronto, no sé qué me pasó. Con voz queda y espaciando las palabras, pero con una rabieta infinita, les dije: «No quiero ver bombas, no quiero ver cascotes» y me eché a llorar. La maestra me miró y cambió de tema.

Llegaron mis tíos de Zagreb con Davor e Inés. Se instalaron en casa. Inés estaba muy delgada. Llevaba una melenita corta de pelo ralo y se movía con un gran esfuerzo. Yo adivinaba su próxima muerte y rehuía su presencia. Su sonrisa era dulce pero de un dulce amargo. Me regaló su tesoro, sus pendientes con dos piedras rojas y dos brillantitos. Nunca me preocupé de saber si son rubíes o granates. También me regaló una pulsera y una polvera de carey. No tendí la mano para recibirlos, pero ella me la abrió y me los entregó diciendo: «Ya no los necesitaré». Sé que nos adivinamos los pensamientos. En el padecimiento se adquiere una percepción especial. Las palabras sobran.

Y en este punto es hora ya de narrar qué había sido de mi papáito durante estos años de guerra.

Nos esperaba en Venezuela.

Cuando Italia entró en guerra, nuestros barcos que se dirigían hacia Norteamérica recibieron la orden de dirigirse hacia países sudamericanos, ya que estos eran neutrales. El de mi padre fue a Puerto Cabello, en Venezuela. Allí quedaron a la espera, viviendo en el barco hasta diciembre de 1941, cuando tras el ataque japonés a Pearl Harbour, Estados Unidos declara la guerra y da orden a los países sudamericanos de tomar posesión de las naves enemigas que se encuentren en sus puertos. Al mismo tiempo, la oficialidad recibe el mandato de sus respectivos países de prenderlos fuego. Como el comandante de mi padre era un hombre mayor, y él en cambio joven y buen nadador, fue el encargado de quemar el barco. No sé si el petrolero ya había cargado en Texas cuando recibieron la orden de ir a Sudamérica, pero por los periódicos de esas fechas, el barco fue incendiado por la noche y las llamas iluminaron

la ciudad como si fuera pleno día, aterrorizando a la población que, si bien había sido hospitalaria, intentó linchar a los marinos, algo muy comprensible. La tripulación de la que formaba parte mi padre fue hecha prisionera y los internaron en unas casetas en Güigüe hasta la rendición de Italia. Mi padre enfermó de paludismo y de amebiasis, de la que padeció el resto de su vida. Intentó emigrar a Norteamérica pero le denegaron la visa por fascista. No muchos años más tarde, a mí se me concedió la nacionalidad norteamericana por ser «persona desplazada», o sea, persona que había huido de un país comunista.

Como ya he contado, mis tíos de Zagreb se habían instalado en nuestra casa preparando su éxodo a Italia, pero nosotros pensábamos marcharnos antes a reunirnos con mi padre. Había que hacerlo con cuidado, porque al abandonar una propiedad, el Estado la nacionalizaba. Supongo que los únicos que sabían que nos íbamos a ir eran los tíos y la *nonna* Giuliana. Mi madre tenía mucho cuidado de que yo no me enterara de nada, pero había aprendido a callar, y aunque no sabía lo que íbamos a hacer, por las miradas, por los silencios, sabía que algo se tramaba y percibía el peligro. Un día mi madre me entregó una especie de perrito de trapo. Era horroroso: su panza y la parte interior de las patas eran de un tono café con leche y el resto era marrón. Todo él era de líneas rectas. Esa especie de perro estaba a mi cuidado. Por mucho que ella me dijera que por nada del mundo lo soltara, eso yo ya lo sabía. No sé si nos marchamos de noche o de día; si alguien nos despidió ni tampoco si fuimos en tren o en autobús. Tampoco si llevábamos maleta. Desconozco cuándo me enteré de que íbamos a Génova para embarcar hacia América a reunirnos con papáito. La verdad es que por entonces él era para mí sólo una fotografía.

En cierto momento del viaje subieron unos soldados a revisar. Uno de ellos miró sonriendo a mi perrito y luego a mi madre. Lo cogió y con una navaja lo destripó. Su sonrisa fue más amplia, llena de sorna, y se lo llevó. Nunca pregunté lo que había dentro. Pasamos una noche en una ciudad, en un hotelucho de mala muerte que se llamaba *La Grotta Azzurra*. Dormimos con la luz encendida, mi hermano y yo en la cama y mi madre sentada en una silla, ya que había pulgas. Supongo que la ciudad era Milán, ya que entre los papeles de mi madre encontré una hoja con nuestra foto, sellada por el cónsul americano allí, concediéndonos el visado para entrar en Estados Unidos de camino a Venezuela. Luego estuvimos en Génova, que recuerdo como una ciudad gris (de repente me di cuenta de que todas las ciudades eran grises). El comandante del barco de mi padre era genovés, no tenía hijos y quería a mi padre como si lo fuera, así que su hermana nos consiguió habitación en casa de una conocida. Teníamos sábanas limpias de lino, según exclamó mi madre con placer cuando nos metimos en la cama. Nos pasábamos casi todo el día con la hermana del comandante y la hija de esta, que era mayor, supongo que cercana a la treintena. Íbamos a menudo al cine y tengo la sensación de que siempre era la misma película: la de una pareja que patinaba sobre hielo.

Es increíble pero no recuerdo el momento en que embarcamos. Salimos de Génova en uno de los primeros barcos que partían hacia América. Era un carguero e íbamos diez pasajeros. Los recuerdo a todos. Había un matrimonio italoamericano, los Giuliani, al que la guerra había pillado en Italia. Él iba siempre con corbata y ella con sombrero; mi madre decidió que pertenecían a la Mafia. Luego estaba un señor mayor que debía de

tener dentadura postiza y tenía la costumbre de bailar los dientes. Un chico que se llamaba Werner y debía de estar en la veintena; hablaba poco. Una italiana de la que no recuerdo el nombre, que se había casado por poderes con un italoamericano que la esperaba en Norteamérica. Ésta hablaba mucho; tenía una melena negra larga, ondulada, o más bien rizada, el tipo de Silvana Pampanini y vestía con mucho escote. También había un matrimonio judío (debían de ser jóvenes); ella estaba embarazada y se llamaba Esther. Nosotros tres comíamos con la oficialidad en una mesa muy larga, con el comandante a la cabecera. Era de Lošinjy. Debía de ser muy buen conversador, pero yo, mientras él hablaba, sólo estaba pendiente de mi plato, aunque nos separaban dos o tres comensales. A mí nunca me ha gustado el pescado, y menos en salsa. El recuerdo que tengo de nuestro menú es el bacalao. Toda la vida me habían dado aceite de bacalao y, por lo tanto, lo detestaba. Si comimos carne, no lo recuerdo. El bacalao, sí. A Eugenio, por ser pequeño, se le permitía levantarse de la mesa; mejor dicho, comía en la cocina y, claro está, mucho mejor que nosotros, ya que era el mimado del cocinero.

Un día el comandante pidió más vino. El cocinero lo trajo con Eugenio pegado a sus piernas, y este de pronto dijo: «Queda poco vino pero le hemos añadido agua». Todo el mundo soltó una carcajada.

En nuestro camarote estaban con nosotros Esther y la casada por poderes. Un día la primera sacó un candelabro con muchas velas encendidas (el *Menorah*). Al verlas, Eugenio lo primero que hizo fue soplar y apagarlas. Esther empezó a llorar con gran desconsuelo. Mi madre se dispuso a encenderlas de nuevo pero Esther no se lo permitió, ya que tenía

que hacerlo el que las había apagado. Aquello duró una eternidad. Eugenio, en brazos de mi madre, lo intentaba, pero unas veces la cerilla encendida se le caía de la mano, y otras el fuego le alcanzaba los dedos. En el camarote hubo un silencio sepulcral hasta que por fin logró encender las velas.

Yo volvía a adquirir mi costumbre de admirar e incorporar nombres nuevos. El primero en nuestro viaje fue el Golfo de Lyon, con su mar embravecida. De todo nuestro viaje, fue donde más se bamboleó el barco. Cruzamos el estrecho de Gibraltar hacia Huelva, donde fuimos a cargar, supongo que carbón, ya que antes de levar anclas sacaron de la bodega a tres polizones cuyas caras estaban tiznadas de negro. Eran sumamente delgados y debían de ser muy jóvenes. Uno lloraba y chillaba mientras los soldados españoles lo sacaban arrastrándolo. Yo estaba acostumbrada a ver a los soldados con botas, pero estos tenían una especie de zapatillas con suela de esparto, además de una gorra con una borla colgando sobre la frente.

No sé cuántos días estuvimos en Huelva pero la recuerdo muy bien. Al salir del puerto a la derecha fuimos andando hacia La Rábida. Supongo que ya sabía quién era Cristóforo Colombo y por eso recuerdo bien aquel lugar donde él estuvo antes de salir a conquistar el nuevo mundo. En el camino, en una avenida ancha, vi por primera vez los alcornoques y cómo les quitaban la corteza para sacar el corcho. La Rábida la recuerdo como una casa pequeña de ladrillo rojo. En Huelva mi madre se dedicó a comprarnos plátanos. El primer día lo hizo en el puerto y nos rodeó un enjambre de niños descalzos pidiéndonos alguno. Mi madre comentó: «¡Cuánta miseria! Y eso que su guerra terminó antes de que empezara la nuestra».

También durante aquella escala, la napolitana que compartía nuestra cabina se ofreció para pasearme por la ciudad. Fuimos de frente, al muelle. A la derecha había un edificio oficial. Tengo idea de que estaba pintado de amarillo. Delante había un jardín con palmeras. Seguimos de frente para subir por una calle zigzagueante. Al principio de la misma nos encontramos con un oficial de a bordo. La calle no era muy ancha y en la acera, a mano derecha, había mesitas con unas botellas de barro de vientre abultado y hombres sentados a su alrededor. A mano izquierda de esa calle, en la esquina que daba a un callejón, había un cine. El oficial que nos acompañaba compró las entradas, pero me dejaron sola dentro. Los bancos eran de madera y sin respaldo. El cine debía de ser muy pequeño, pues la pantalla estaba muy cerca. En ella se veía a unos hombres con sombreros inmensos, bailando y cantando en una lengua que yo no entendía. Me imagino que era una película mexicana, pero mis ojos estaban empañados. Me caían las lágrimas y me dio hipo porque, además de estar sola, desde el banco de atrás notaba unas manos que me toqueteaban. Me fui arrimando completamente al borde de aquel banco. No me atrevía a voltear la cabeza y tenía miedo de que la napolitana no me viniera a buscar.

La pareja estaba esperándome, sonrientes, a la salida, y de allí seguimos hasta una plazoleta donde había una iglesia a la que se subía por unos escalones. Recuerdo que detrás del altar había un retablo muy grande y muy dorado y que el suelo del templo era de tablones de un color grisáceo. No sé por qué razón, del famoso paseo por Huelva recuerdo solo esto. Aunque, por mucho que haya cambiado esta ciudad, sé que hoy en día sabría hacer el mismo paseo.

Cuando volvimos al barco, mi madre no necesitó demasiado para enterarse de que me habían dejado sola en el cine. A partir de entonces, las relaciones entre ella y la napolitana fueron bastante tirantes.

A los pocos días de zarpar pararon las máquinas porque al parecer había minas sueltas en el mar. Volvimos a navegar, pero en mitad del océano se estropeó la máquina. En una de esas paradas en alta mar descubrí los peces voladores. Me encantaba verlos planeando sobre el agua en manadas, como si fueran golondrinas.

Nuestra travesía duró casi tanto como la de Cristóbal Colón pero por fin llegamos a América. Desembarcamos en Plymouth (Massachusetts). Allí nos estaban esperando los tíos Giovanni y Letizia. A la napolitana la aguardaba su marido con un gran ramo de flores blancas; lo recuerdo porque alguien le llamó «pobre idiota». Salimos hacia Nueva York en coche con mis tíos. De esa parte del viaje sólo retengo en la memoria un túnel muy largo. No sé cuántos días estuvimos en Nueva York, pero era diciembre, diciembre de 1946, y Eugenio y yo alucinamos con Santa Claus, concretamente en Bloomingdale's, que es de las pocas cosas que no ha cambiado nada en estos últimos sesenta años.

La gran metrópoli tenía luces por doquier, parecía una ciudad de cuento de hadas. La luz nos cegaba. Por cualquier lugar se oían villancicos y todo era alegría. Mis tíos nos compraron juguetes y ropa. Era un mundo nuevo, un mundo mágico poblado por los europeos que habían escapado de la hambruna, de sus guerras religiosas y de sus constantes guerras fratricidas. Era América.

De allí salimos en avión para Caracas vía Curaçao. Recuerdo esta escala porque mi madre no debía de saber que la hacíamos y, al bajar del aparato, empezó a buscar con la vista a papá. Pero papá no estaba y se empezó a descomponer con lágrimas en los ojos. Estábamos los tres compungidos y desamparados, Eugenio y yo a punto también de llorar, cuando una azafata le explicó a mamá, no sé en qué lengua, que teníamos que coger otro avión y que aquel aeropuerto era Curaçao. Recuerdo que hacía un calor agobiante. Tengo la imagen de mi madre con un traje de chaqueta verde. Ella era de tez muy clara y con el calor se le ponía la cara sofocada, como si tuviera manchas rojizas.

Por fin llegamos a Maiquetía, donde nos esperaba papá. Debía ser ya enero de 1947.



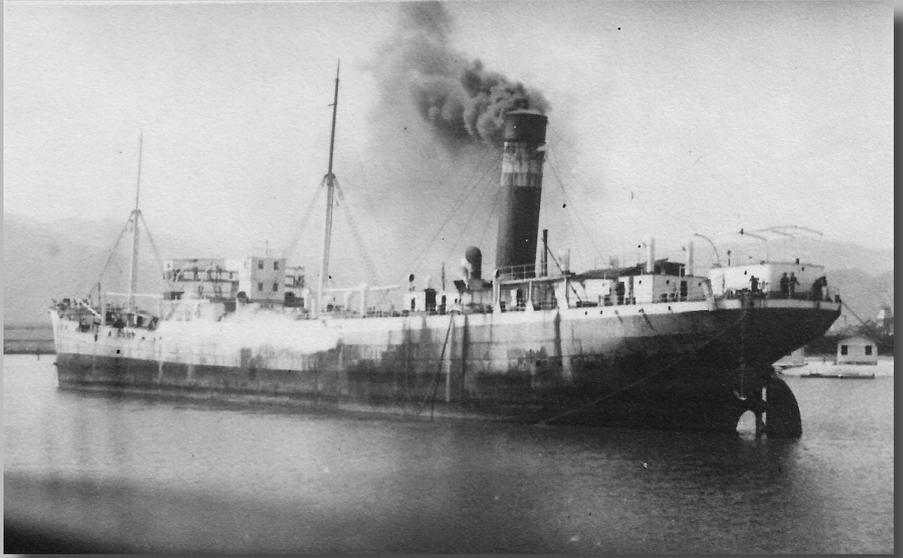


*Mis padres, Luigi y Anna.*



*Mi padre  
(abajo, en 1931).*





*El Alabama, el barco de mi padre.*



*Con compañeros de la tripulación.*



*Mi padre y otros  
compañeros, durante su  
prisión en Venezuela.*





*Con unos tres años.*



*Con mamá y Eugenio.  
Foto para nuestro pasaporte  
a USA.*



*Delante de nuestra casa  
en Fiume.*



*Con Eugenio, sobre 1940-41.*



*Con mis compañeras de la escuela en Fiume (soy la segunda por la decha, en la primera fila).*



*Con mi querida Anitzga, en mi Primera Comunión.*



*Mi tía Alba y mi prima Inés, en 1944.*



*Invitación a la ceremonia de  
mi graduación en el Rhodes.*

GRADUATED with HONORS

☆

Norman P. Heffley  
Award for  
School Service \_\_\_\_\_ MIRKA BERLINER

Celia Goodman  
Medal for  
Character \_\_\_\_\_ LUISA GALLOVICH

Harriet Mulford  
Medal for  
Highest Scholarship \_\_\_\_\_ WILLIAM JAMIESON

Award for  
Outstanding Achievement  
History \_\_\_\_\_ LESTER CARR

Award for  
Outstanding Achievement  
English \_\_\_\_\_ ANGELA VAN ELLS

Manufacturers Trust Company Award  
for Essay Contest.

First Prize \_\_\_\_\_ YVONNE BRENNER

Second Prize \_\_\_\_\_ RICHARD ESTIPONA, Jr.

Third Prize \_\_\_\_\_ WILLIAM LACHS



*Foto para el libro de fin de curso  
del Rhodes (1953).*

*En Caracas, durante una fiesta  
en la embajada USA, con mi perro.*





*En mi boda con Manuel (21-6-1953).*

**VENEZUELA**

Empecé a escribirte esta especie de diario cuando te faltaban ocho meses para nacer. Dentro de unos días esa niña preciosa y anhelada cumplirá siete años, y tú, mi pequeño Fernando, acabas de cumplir los cuatro. Después de arrancar muchas páginas, por fin empiezo a coordinar los hechos y no sé por qué razón me apetece que un día los leáis.

Cuando empezamos a ir a veranear a Yugoslavia, siendo vuestro padre pequeño, la familia, en especial Branka, sacaba la conversación de la guerra como para que yo le confirmara hechos que le había contado su padre. En general me salía por la tangente porque no solo mi voz, sino todo mi cuerpo, parecen descomponerse y no me siento capacitada para hablar de ello. Escribirlo me resulta una tarea dolorosa pero más llevadera.

El día que escribí sobre la guerra en el último curso de Literatura del Rhodes, mi pluma volaba y las palabras brotaban como si las escupiera con rabia; era una riada que fluía sin freno. Ahora, contándolo, pienso que, sin saberlo, en ese momento quise enviar un revulsivo a un mundo donde resultaba impactante lo que a mí me parecía nimio, superficial. Se leyó en clase bajo un silencio sepulcral y yo volví a sepultar mis recuerdos. De pronto quiero contaros

tantas cosas... y me entró la prisa porque me doy cuenta de que me falla la memoria.

Así que allá voy.

Lo primero que me llamó la atención al reencontrarnos con mi padre en Venezuela, al cabo de los años, fue que no se parecía en nada al hombre de la foto que cada noche besábamos antes de irnos a dormir. Había perdido mucho pelo. Resultaba raro, pero evidentemente fue un momento muy emocionante, sobre todo para nuestros padres. Eugenio y yo les veíamos hablar desde el coche en que nos metieron. Nos llamaba mucho la atención los árboles, con frutas muy grandes. Era todo muy distinto a lo que conocíamos.

Después de ser liberado, papá había estado trabajando en la casa de un militar, pero cuando la esposa de éste se enteró de que era oficial de marina, por alguna razón debió de parecerle mal que estuviera a su servicio y le encontró empleo en el restaurante de un amigo suyo italiano. Pero después mi padre se metió en un negocio de importación de whisky. Cuando nosotros llegamos a Caracas estaba ya bien asentado, tenía casa y debía de hablar español, pues le encontré un libro en este idioma.

El colorido que nos rodeaba subiendo a Caracas era como un cuadro naif, descaradamente brillante. Más tarde descubrí que lo mismo correspondía a su población. Paramos en el camino para tomar algo. El local al que entramos era bullanguero, con música de rocola muy alta, y daba la

sensación de que todo el mundo contaba chistes. Era un conjunto de caras risueñas. El venezolano no es ruidoso hablando pero la música la pone a todo volumen, igual que la radio o la televisión.

Por fin llegamos a nuestra nueva casa.

Caracas era una ciudad colonial. Por lo que recuerdo, había poquísimos edificios. Las casas, en general, eran de una planta. Las fachadas tenían de dos a cuatro ventanas altas, más o menos a un metro de altura de la acera, y estaban adornadas por verjas labradas. Las que daban a la calle eran las del salón y el comedor. Al atardecer, los chicos se apoyaban en dicha verja para enamorar a las chicas que estaban dentro sentadas, y hacían manitas con el beneplácito de algún familiar que se distinguía al fondo del salón. Por la puerta principal, en el centro de la fachada, se entraba a un patio al que se asomaban las distintas habitaciones de la casa. En el fondo estaba la zona de servicio: cocina, lavadero y, normalmente, un patio trasero con algún árbol de mango o lechosa, que es como se llama en Venezuela a la papaya.

Nosotros llegamos a Venezuela a mitad de curso. Eugenio entró al colegio La Salle y yo en el San José de Tarbes, en régimen de seminternado porque estaba algo lejos de casa. Lo recuerdo como un edificio inmaculadamente blanco, de una planta y rodeado de un jardín. En la parte de atrás había una huerta separada del jardín por una malla metálica no muy alta en la cual crecían árboles frutales y hortalizas. Creo que las primeras palabras que aprendí en Venezuela fueron *joli, merci, petit, ayez la bonté*. Recuerdo a una monjita que me enseñaba a decir «r con r, ferrocarril», supongo que con acento francés. No tuve

problema con la jota española ni la francesa gracias a mi conocimiento de la lengua eslava, pues el italiano es incapaz de pronunciarla. Al principio distinguía la lengua por el ji-ja tan abundante en el idioma español.

Yo resultaba algo exótica para las niñas del colegio, y todas estaban dispuestas a enseñarme. Por entonces, debía de estar de moda un cantante italiano que se llamaba Carlo Buti. Me pedían que cantara sus canciones pero no tenía la menor idea de quién era ni qué cantaba. Ni lo supe nunca.

Creo que teníamos parte de las clases en español y parte en francés, aunque como ambas eran lenguas nuevas para mí, no lo puedo especificar con exactitud. El francés me parecía un idioma dulce; el español, áspero.

Tengo un buen recuerdo del San José de Tarbes. Las monjas eran cariñosas. Pero el curso siguiente me cambiaron al colegio de las dominicas, ya como externa, porque estaba más cerca de casa. Si en el primero el uniforme era normal, el de ahora resultaba incómodo. Era de piqué de algodón blanco. Del canesú salían cuatro tablonos profundos delante y cuatro detrás. Al sentarnos, automáticamente poníamos los brazos hacia atrás usando los ocho dedos de la pinza para estirar los tablonos, pues era la única manera de que nuestro trasero no pareciera un globo, por muy almidonado que estuviera el uniforme. Para que aquello no resultara muy cuadrado, usábamos un cinturón de cuero negro. Nuestra indumentaria se completaba con unos calcetines tupidos de algodón beige hasta la rodilla.

El uniforme de gala, del que teníamos que estar muy orgullosas, era el hábito de Santo Domingo de Guzmán, de lana negra con capelina blanca con doble ribete negro,

y banda a la cintura de lana blanca. Creo que fue en la Plaza Mayor de Salamanca donde vi una estatua de Santo Domingo con aquel uniforme. La única diferencia era que él no llevaba el sombrero negro. Hace poco, colocando el armario, encontré la capelina de lana blanca junto a la banda que servía de cinturón. Cuando íbamos por la calle, los chicos nos llamaban *zamuro*, el ave carroñera más fea que pueda existir, negra y con el cuello desplumado.

El colegio Santa Rosa de Lima tenía la típica forma de claustro con su patio central. En la planta baja se encontraba la sala de actos y los dormitorios de las internas, y en la primera planta estaban las clases y la capilla. No tengo constancia de que me costara aprender español, ya que seguí el curso en relación a mi edad. Ahora me llamaba Luisa, y tenía nuevas amigas, la mejor de ellas Isabel, que vivía cerca de nosotros. Luego estaba Dorita, que tenía una hermana bastante mayor y un hermano de la edad de Eugenio, y cuyos padres eran republicanos y siempre hablaban de la Guerra Civil española. También estaba Purita, que era de Zaragoza e hija única, y la más presumida de todas. Es posible que fuera algo mayor que nosotras. Contaba que ella y sus padres eran los únicos supervivientes de un accidente aéreo en Irlanda. Los padres de ambas jugaban al dominó con el mío.

La Venezuela luminosa, bullanguera y despreocupada, me envolvió en su halo y me regaló una adolescencia feliz. Fue el antídoto perfecto. El venezolano es risueño, abierto. Todos sus poros respiran alegría. No conoce el odio, la malicia ni la envidia. Recuerdo a un sacerdote amigo de mis padres comentando sorprendido: «Son almas cándidas a la espera del limbo».

Para la mentalidad europea se diría que el venezolano es vago, vive al día y, desde luego, no se mata trabajando. Se toma las cosas con calma, con una filosofía propia. Sinceramente, no sabría decir si es o no es la correcta. Los europeos tenemos la mala costumbre de querer imponer a los demás nuestra forma de vivir, nuestra forma de pensar. Nunca estuve de acuerdo con ello y nunca lo estaré.

De las nacionalidades que conozco, el que más se sabe reír de sí mismo es el venezolano; para eso tiene una gracia natural. Hay un dicho local que cuenta que cuando Dios creó el mundo, al hacer Venezuela estaba tan animado que decidió ponerle ríos caudalosos, la catarata más hermosa, selvas con árboles de maderas preciosas y pájaros vistosos; continuó otorgándole el mejor café y el mejor cacao, además de oro, diamantes y el mar de perlas. Una montaña con nieve eterna, y relleno sus entrañas con gas, petróleo, uranio... San Pedro, viéndolo tan enfervorizado, lo interrumpió diciéndole: «Señor, no va a dejar nada para el resto del mundo», a lo que Dios, pensativo, respondió: «No te preocupes Pedro, pondré a los venezolanos».

Yo conocí una Venezuela que se hacía querer. Su tierra es fértil y pródiga; con solo estirar un brazo uno tiene su alimentación cubierta (para qué pescar diez peces si con uno basta para comer); y el otro brazo es suficiente para sostener el ron. El clima es benigno, no hay necesidad de abrigo. En realidad, es como siempre se describió el Paraíso Terrenal o el Edén. Su moneda era de plata de Ley 900. El *fuerte* (moneda de cinco bolívares) pesaba veinticinco gramos y tenía un diámetro de treintaisiete milímetros. Solo la *locha* y la *puya* eran de níquel. Una barra de pan costaba una *locha*, moneda equivalente a la octava parte de un bolívar. Ese era

el país que nos acogió y siempre le estaré agradecida. Siempre lo querré, pues me enseñó a reír y ser feliz.

Por otra parte, era una Venezuela afrancesada, ya que no hay que olvidar que sus próceres se basaron en la Revolución Francesa y el nombre de Francisco Miranda está inscrito en el Arco del Triunfo de París.

La colonia extranjera que había llegado a Venezuela anteriormente era judía sefardí, libanesa, siria, alemana y algunos norteamericanos, además de canarios. Estos últimos arribaban en veleros o una especie de barcos que llamaban *paquetebotes*, con los que tardaban alrededor de sesenta días en cruzar el Atlántico. El acento canario es semejante al venezolano, y en Venezuela se le denomina «isleño». Los canarios se dedicaban primordialmente a la agricultura en los alrededores de la ciudad, lo que hoy en día son zonas residenciales.

En esa época, al refugiado se le daba automáticamente la cédula de identidad. No sé por qué razón, los españoles no eran bien recibidos en Venezuela tras la guerra civil que habían padecido. Oí que en algún momento se invitó al gran poeta León Felipe a dar una conferencia o recital en el Teatro Municipal, y que algo le desagradó hasta el punto de que pronunció lo siguiente:

*Este es un país donde la flor no tiene olor*

*La fruta no tiene sabor*

*La mujer no tiene pudor*

*Y el hombre no tiene honor.*

La gente lo abucheó. Fue considerado persona *non grata* y expulsado de Venezuela. A partir de 1947 llegaron

miles de italianos, portugueses, españoles, alemanes, checos, polacos, etc. Un promedio de 300.000 indocumentados al año. Creo que fue en 1949 cuando se cerraron temporalmente las fronteras para organizar tanta inmigración. Caracas se fue extendiendo por el valle hacia el este y los isleños convierten sus huertas en solares para las nuevas urbanizaciones. Los libaneses, sirios y sefardíes agrandan sus comercios, y los italianos se dedican a construir.

En 1948 Rómulo Gallegos fue derrocado por un golpe militar encabezado por el general Pérez Jiménez, también desalojado del poder diez años más tarde. En esos diez años la población venezolana se dobló debido a la inmigración europea. Se fue formando una clase media de alto poder adquisitivo. A la ciudad la recorrían autopistas de distintos niveles por las que se deslizaban coches de lujo. Se levantaron grandes torres y lujosos centros comerciales donde estaba expuesto todo lo más exquisito del mundo. La nueva Caracas era una ciudad alegre y segura, con una vida nocturna que se equiparaba a la de Nueva York o La Habana. Y seguía siendo un país alegre y seguro.

En los últimos años de Pérez Jiménez, los inmigrantes dejan de ser exóticos. En los periódicos se publica que los italianos matan a los burros para fabricar mortadela (al tiempo que se han hecho dueños de la construcción). Los seguros descubren que últimamente hay demasiados obreros europeos que quedan tuertos en el trabajo y que esos tuertos llegan a tener y cobrar hasta cuatro seguros de vida. Pérez Jiménez invita a Camilo José Cela a Venezuela para que escriba una novela emulando el famoso libro *Doña Bárbara*, del expresidente Rómulo Gallegos, exiliado en Colombia (la película inspirada en este libro y

del mismo nombre, con María Félix, era un icono para el venezolano). A Cela se le encarga que la supere. Se instala en el Hotel Tamanaco, en Caracas, y sin moverse de este establecimiento de lujo escribe *La catira*.

Pérez Jiménez decide que para las próximas elecciones los extranjeros residentes en Venezuela podrán votar aunque no tengan la nacionalidad, y gana las elecciones. Pero a los pocos días hay un golpe de estado y abandona Venezuela. Con ello empieza la caza de extranjeros en los barrios humildes, especialmente contra los italianos por ser la colonia mayoritaria y simpatizantes de Pérez Jiménez.

Después de este apunte histórico, volvamos a nuestra vida en Venezuela.

A Eugenio siempre le gustó la naturaleza: la sabana, las montañas, la selva... Y llenaba la casa de piedras. Los padres de su mejor amigo tenían una hacienda en Los Llanos, así que a menudo se iba con ellos. Yo prefería la playa o el cine. Fue en esa época cuando Isabel y yo leímos nuestra primera novela romántica, *El príncipe Chang*. El protagonista era alto, guapo y valiente. Recorrimos unas cuantas lavanderías chinas buscando a alguien parecido al dichoso príncipe Chang, pero los chinos venezolanos eran bajos, delgados y feos. Yo seguí siendo una gran aficionada a la lectura: Salgari, Julio Verne, Victor Hugo, Dickens... Y de pronto me enamoró la poesía: Amado Nervo, Rubén Darío, José Asunción Silva, Andrés Bello...

Por otra parte, no sé cómo cayó en mi manos un libro que se titulaba *Historia de las religiones*. El autor tenía un apellido sajón. Era un libro muy gordo. Su teoría del monoteísmo era que todas las religiones de este tipo sur-

gían de una misma base, del mismo principio: Egipto y el faraón Akhenatón. Más o menos venía a decir que a Dios lo llamamos de distinta manera según el credo, pero fundamentalmente es el mismo. Llevé este libro al colegio. La Madre Inmaculada lo vio y me lo quitó. Creo que fue durante el curso siguiente cuando la Madre Cecilia vio que en el libro yo utilizaba como señalador la imagen de una virgen que me había dado la Madre Inmaculada y prácticamente me lo arrancó de las manos. La Madre Inmaculada, que era de Granada (España), había desaparecido. Corría la voz de que se había casado con el médico del colegio. De ella siempre me llamaron la atención sus cuidadas uñas en comparación con las de las otras monjas, su andar recto y su manera de hablar de su ciudad natal.

También recuerdo bien a la monjita, muy vieja y encorvada, que estaba de portera en la puerta del colegio. A la pobre la volvíamos loca, hacíamos que entrábamos pero nos escabullíamos para ir a por las *chuches* que vendían al lado.

En el colegio había un grupo de niñas con las que nunca nos cruzábamos; no bajaban al patio y no sé dónde estaban sus clases. Al volver del rosario las veíamos ir a la capilla por el pasillo de enfrente, cabizbajas, sin meter ruido. Tengo idea de que su uniforme era azul. Sabía que en cierto modo no eran como nosotras, y me daban pena. Sentía vergüenza. Decidí ser misionera en África o en la India y dedicarme a los humildes. No sé cuánto tiempo me duró esa idea. Seguí estudiando con ese empeño de analizar a todos y todo.

Respecto a los estudios en sí, para mí la química fue una sinrazón. La aprobé pero nunca entendí nada. Tenía-

mos de profesor de Geografía e Historia de Venezuela al que años más tarde fue presidente del país. Un día, no sé a cuento de qué, dijo que había un estudio que afirmaba que los niños que habían pasado la guerra de Europa eran menos inteligentes de lo normal. Me llegó al alma. Yo era la única niña europea de la clase que había vivido el conflicto. Las niñas que estaban sentadas delante voltearon la cabeza mirándome con pena. Entonces me salieron mis alas de La Fenice.

Siempre me habían llamado la atención los pies de este profesor, muy pequeños en relación con su cuerpo. Cada vez que me preguntaba en clase, me levantaba para responder con anexos y artículos que me inventaba de los periódicos, y mientras respondía, de vez en cuando me quedaba mirando sus zapatos, que asomaban debajo de la mesa, encima de la tarima, como preguntándome cómo podía este hombre sujetarse de pie. Él entonces intentaba esconderlos, y parecía que se fuera a caer de verdad. Yo levantaba los ojos con cara inocente y preocupada, por si había contestado mal. Creo que fue lo bastante inteligente para darse cuenta de mi venganza, ya que al final fui el ejemplo de conocimiento e interés en su asignatura. Ahora me doy cuenta de que no estudiamos *El Quijote*, mientras sí y a fondo *La divina comedia* de Dante, con sus nueve anillos. También nos interesamos por Petrarca.

Isabel y yo estuvimos toda una noche preparando y repasando con ahínco nuestro examen final. Era el examen estatal, en un momento en que, no sé por qué razón, existía una gran animadversión hacia los colegios religiosos. Fuimos al examen cogidas de la mano, casi por sujetarnos para no caer vencidas por el sueño. Tengo idea de

que llevábamos el uniforme de gala. Lo que sí recuerdo con todos los detalles es el profesor que me tocó. Tenía la uña del dedo meñique larga y rectangular, y la hacía sonar constantemente con el dedo pulgar. Su mirada era de superioridad y desprecio. De pronto yo estaba del todo despierta. El examen era oral y entendí al instante que debía responder sin pausas hasta que él moviera la batuta. Efectivamente fue saltando de un tema a otro chasqueando su uña. Aprobé con bastante buena nota; mejor dicho, con muy buena nota. Isabel aprobó igualmente.

Recuerdo también a nuestro perro, Larry, que no hacía más que seguirme por la casa, y por la noche se metía en mi dormitorio a dormir al pie de mi cama. Me miraba con sus ojos perrunos, como expresando que ya no me iba a fastidiar mordisqueando mis zapatos.

Larry era un chucho sarnoso de pocos meses cuando nos lo trajo una señora que trabajaba en casa. Entonces era tan flaco que se le marcaban todas las costillas. Eugenio y yo le dimos de comer y, como se lo zampaba todo, seguíamos dándole más. Su panza se fue hinchando como un globo. De pronto empezó a correr de acá para allá por aquel patio, sin parar de cagar. Lo sorprendente es que mi madre permitió que siguiera en casa y con el tiempo se convirtió en una especie de setter de pelo rojizo. Y muy inteligente.

En casa siempre tuvimos perros, aunque igual que llegaban se iban. Un día regresó mi padre de un viaje con un afgano que, según él, se había encontrado bajo la cama del hotel. Dudo que durara en casa más de una semana. Luego apareció con un pastor alemán al que le pusimos el nombre de Duna. Este se quedó unos cuantos meses.

Mi padre recogía los perros y a mi madre se le escapaban. Ocurrió con Duna y mi padre se pasó meses paseando y silbándole para encontrarlo por todos los jardines de la Castellana, Altamira y los Palos Grandes. Por último llegó Sokol, un pastor alemán. Era como una bolita de peluche de ojos mimosos, y mi madre se enamoró de él. Mi padre lo inscribió en un colegio alemán (según mi madre, más caro que el nuestro) para entrenarle en defensa. Comía solamente lo que ponía mi madre para que no lo envenenaran, y las órdenes había que dárselas en alemán. Eugenio se enteró del pedigrí tan cotizado de Sokol; lo era tanto que con sus camadas se compró el primer coche. Eso mis padres nunca lo supieron. Eugenio me lo contó un poco antes de morir.

Mis tres mejores amigas y yo íbamos juntas al cine que había cerca de casa. Normalmente solas y a las sesiones de *matinée*, que tenían lugar a las diez o las once de la mañana. A casa de los Bermúdez iba a menudo un chico, amigo de los hermanos mayores. Supongo que tendría dos o tres años más que yo. Era andino y fue mi primer amor. De vez en cuando me acompañaba al colegio o a La Mallorquina a por bollos. Su recuerdo va ligado a *La Mucura*, una canción que por esos años invadió las calles de Caracas.

A mí me enamoró la vena poética de mi andino (la verdad es que no recuerdo su nombre). Un día, yendo a misa, se me acercó y acarició mi brazo preguntándome si sabía por qué la Venus de Milo no tenía brazos, y al ver la interrogación en mis ojos me respondió que era «porque yo me había apoderado de ellos». Imagínate, esos brazos que a ti te gusta toquetear y sacudir suavemente, por lo blanditos que son, ¡una vez fueron los brazos de una diosa!

Un día me entregó un acróstico con mi nombre y apellido (yo entonces no tenía ni idea de lo que era un acróstico). Hasta hace muy poco me lo sabía de memoria –después de todo, fue el único poema que me dedicaron en mi vida– pero tristemente hoy sólo logro recordar la estrofa del nombre. Falta la H, pero es que mi enamorado seguro que no conocía bien mi apellido. Dice así:

*Las horas paso en tratar de hacerte  
Un verso digno de tu vida en flor  
Inspiración busco y me parece verte  
Sigo mi verso para así ofrecerte  
Amor inmenso, infinito amor  
Gracias te doy ob Dios por haber hecho  
Aivar en mi ardiente pecho  
La llama augusta de un amor sincero  
Oigo tu voz mi amada a toda hora  
Vives en mí cual celestial lucero  
Iluminando con tu luz mi sendero  
Chisporroteando...*

¡Qué cosas más ridículas os cuenta la *nonna*! Pero yo en ese momento me sentía mucho más importante que la Beatrice de Dante o la Laura de Petrarca.

Un día quedé con mis amigas Purita e Isabel en ir al cine y mi andino nos acompañó. Fuimos a ver *Que Dios se lo pague*, con el actor Arturo de Córdoba. Mi enamorado se sentó a mi lado y me dio el primer beso en la mejilla.

Mi padre estaba sentado unas tres filas detrás de nosotros. Cuando se encendieron las luces y nos levantamos, mi enamorado se marchó cabizbajo y nosotras nos fuimos con papá. Lo sorprendente es que este no dijo nada ni entonces ni después. Claro está que acababa de pasar lo que ahora voy a relatar.

Un día, al salir de clase, me encontré a Isabel con las dos Celinas. Ese día ninguna de ellas había asistido a clase. Mi madre estaba esperándome en el parque de enfrente e Isabel me dijo que le pidiera permiso para llevarle unos papeles a la madre de otra compañera, Olga. Me lo dio y nos marchamos las cuatro. Por el camino, muy emocionadas, me contaron que Olga se había casado esa mañana con un militar que había conocido en los Andes durante las vacaciones, y que ellas habían ido a la boda como testigos por parte de la novia (por parte del novio fueron unos compañeros de milicia). Antes de ello le habían hecho la despedida de soltera en el parque Los Caobos. Lo habían pasado *chévere* columpiándose. Yo me sentí un poco desplazada por no haber sido invitada.

Olga les había entregado una carta a ellas para que se la llevaran a su madre. Esta nos recibió en el patio, sorprendida al no ver a su hija. No sé cuál de nosotras le entregó la carta pero allí nos quedamos frente a ella como cuatro pasmadas. La pobre mujer, cuando empezó a leerla, se tuvo que sujetar a una fuente que había en medio del patio. Su rostro empezó a temblar como si alguien la estuviera sacudiendo, mientras seguía leyendo. A una de las Celinas le vino una risa histérica insonora y de pronto sus calcetines se fueron tiñendo de pis. Nosotras tres, al

ver lo que pasaba y para que no faltara nada, la imitamos. Lo único que nos faltó fue orinarnos también. La pobre madre, al acabar la carta, nos dio las gracias y nos acompañó a la puerta. Le pedimos la bendición (era habitual cuando uno se despedía de las personas mayores), y nos la dio. Así salimos de esa casa los cuatro angelitos descerebrados, creo que sin darnos cuenta de lo serio del asunto.

(Por entonces teníamos todas alrededor de los doce años. Hace poco, un día que vino Isabel a Madrid desde Barcelona, que es donde vive, estuvimos comentando la falta de sentido común que teníamos y, al mismo tiempo, lo inocentes que éramos. No comprendíamos cómo el cura los había podido casar ni qué influencia tendría el militar. Más tarde supimos que el padre de Olga le negó la entrada a su casa y que cuando tuvieron hijos su madre iba a escondidas a ver a los nietos, hasta que su padre claudicó).

Aquella noche, después de la cena, en la casa de Isabel llegó su padre completamente traspuesto. El cura había llamado al colegio para contar lo que había pasado y dar el nombre de las alumnas participantes en la boda de Olga, ya que tanto la novia como las testigos llevaban el uniforme del colegio. Las monjas llamaron entonces a los padres, entre ellos al de Isabel. Aquel hombre era catalán y la envió a Barcelona, donde mi amiga estudiaría Farmacia. A las Celinas creo que las expulsaron del colegio, ya que el padre de una de ellas era ministro.

Y a mí, mi padre decidió mandarme a Nueva York, por haber sido cómplice de todo.



**NUEVA YORK - EUROPA -  
CARACAS**



Llegué a Nueva York a una edad que sinceramente no puedo precisar. Con trece, catorce o más posiblemente ya con quince años. Vivía en la casa de mis tíos Giovanni y Letizia, en la calle 62, entre la Tercera y Lexington Avenue, y mi colegio, el Rhodes, estaba en la calle 54 entre la Quinta y la Sexta, enfrente del Jardín del MOMA. Fui a entrevistarme con el director, el Dr. David Goodman, que más tarde se convirtió en mi tutor. Era una persona en consonancia con su apellido. Con paciencia me explicó lo que era y lo que significaba el S.A.T (Scholar Attitude Test), las horas de crédito. El curso correspondía a un semestre y se podían hacer dos semestres en el año. La entrevista duró más de una hora, ya que tenía que hacerme un *planning* de estudio. Podía presentarme sólo al último curso de Matemáticas con álgebra y trigonometría. Igualmente Ciencias, lo que suponía la odiosa Química y Física, pero el inglés y su literatura suponían los cuatro cursos, igual que la Historia Americana. Mi inglés dejaba mucho que desear (al principio me entendía mejor con mi inglés con una hindú o una sueca que con una norteamericana), pero me animó asegurándome que estaba convencido de que lograría sacar adelante todo.

Las clases eran completamente distintas a lo que yo estaba acostumbrada. El profesor tenía su aula y el alumno

iba de una a otra según la asignatura. A cada clase asistíamos de diez a quince alumnos como máximo, y estos éramos una especie de Naciones Unidas, la mitad norteamericanos y el resto de diversos países y distintas culturas. Los extranjeros procedíamos primordialmente del Centro y Suramérica o eran hijos de funcionarios de la ONU o del Cuerpo Consular.

Lo que más me sorprendió del Rhodes fue la paciencia del profesorado americano. El alumno americano está acostumbrado a preguntar constantemente. El profesor podía explicar cinco veces un tema y aun así siempre había alguien que no lo había entendido y levantaba la mano. Decidí que si no aprendía era porque debía ser tonta.

Recuerdo en especial uno de los primeros días que acudí a clase: iba por la calle 62 hacia la Quinta y de pronto me di cuenta de que para llegar a ver el cielo tenía que doblar el cuello hacia atrás, para salvar la altura de los rascacielos. Era una sensación extraña, como si estuviera metida dentro de un tubo que desembocaba en el Central Park.

Ese primer mes de mi estancia en el Rhodes simplemente lo viví en un limbo particular, muy ligada a mis nuevas amistades y parientes. Angie era hija de una prima de mi tía Letizia. Tenía alrededor de 25 años, pertenecía a la segunda o tercera generación de italoamericanos, y no sé por qué razón decidió ser mi cicerone. Optamos por que ella corregiría mi inglés y yo su italiano. Trabajaba en una galería de arte y era una gran aficionada al ballet, a la ópera especialmente, y asidua del Metropolitan. Con ella asistí por primera vez a una ópera, *Cavalería Rusticana*, con Mario del Mónaco, quien era pariente de su madre (iba a menudo a almorzar con ella) y no sé si de mi tía también. Íbamos

a su camerino y conocimos el *back stage* del Metropolitan. Tenía una personalidad impactante.

Con Angie aprendí a pronunciar la T suave de TRAY o a diferenciar *flower* de *flour* o *floor*. Aunque el *spelling* no me dio problema, me costó diferenciar el sonido de esas tres palabras.

Estaba a gusto con ella, y a su lado fui sorbiendo el encanto de Nueva York.

Durante una temporada fui escribiendo cartas, describiendo mis sentimientos y mis peripecias, a mi amado andino. Cartas de las que nunca recibí una respuesta, aunque una tarde, estando sola en casa, encontré en la basura trozos de una de ellas con su letra. Poco a poco se me pasó el enamoramiento.

En el Rhodes me sorprendió la edad de mis compañeros, que oscilaba entre los doce años, más o menos, y los más de treinta. Estos últimos eran veteranos de la guerra de Corea que habían obtenido una beca para su preparación universitaria. Había dos tipos: a unos los catalogaban como Veteranos y a otros como G.I. Nunca pregunté el significado de dichas siglas; solo recientemente decidí buscar su significado, pero al parecer son las iniciales de Government Issue. Lo de G.I. lo recuerdo porque en los primeros días de clase Mr. Kirwan nos dio un folio donde teníamos que especificar nombre, edad, etc., y aparecían tres casillas para marcar a cuál pertenecíamos: una era Vet, otra G.I. y la tercera no la recuerdo. Supongo que correspondía a la enseñanza privada o de pago, pero como no lo sabía y yo no era veterana de guerra, decidí marcar G.I. Al entregar esa nota, el profesor las revisó y preguntó con

tono burlón quién era la G.I. que llevaba mi nombre. Me levanté. Cuando me nombró y me vio a punto de soltar la carcajada, casi me meto bajo el pupitre.

Fue un profesor que recuerdo con cariño, entre otras cosas por su gran paciencia. Nunca lo vi serio sino todo lo contrario: siempre sonriente.

De aquel primer semestre recuerdo también el día que sonó la sirena de alarma que ordenaba bajar rápido al sótano. Estábamos en plena Guerra Fría y el refugio estaba en el espacio para las clases de baile. No me entró la tiritona, más bien miraba aquellas caras con la sorpresa de una universitaria alojada en una clase de párvulos. Fue la única vez que sonó la alarma.

En aquel colegio teníamos todo tipo de actividades extraescolares: fotografía, arte dramático, baile de salón, briage, música, arte, periodismo, laboratorio de Física y Química... Además de un sinfín de actividades deportivas. Me apunté a patinaje sobre hielo, Debate e International Circle.

Al principio mis amistades eran todas de habla italiana o española, las cuales en términos generales estaban metidas en todas las actividades menos las indispensables para aprobar el S.A.T. Yolanda era venezolana y a la hora del almuerzo aprovechaba para ir de compras. Después del Rhodes iría a estudiar a Suiza y se proponía encontrar un buen partido. Ida era italiana y para mi sorpresa tenía treinta años. No sabía nada de inglés y estaba en las clases de los pequeños.

Me hice muy amiga de Bárbara, quien desde un principio tenía muy claro que no quería estudiar en Norteamérica sino volver a su Buenos Aires querido. Sus padres se

habían divorciado; él tenía una empresa en Nueva York, se había vuelto a casar, no tenía más hijos que ella y lógicamente deseaba que se quedara a vivir en Estados Unidos. Bárbara llevaba una sortija con una virgen esmaltada, para fastidiar a su padre, que era hebreo. La madre, que vivía en Buenos Aires, era católica y se había vuelto a casar con un socio de su padre también de esta religión. Recuerdo que me lo contó con rabia, y ahora, mientras os lo escribo, me doy cuenta de que en realidad para ella no era una cuestión de credos; era una rabieta hacia unos padres que le habían fallado. La historia de la sortija me parecía ridícula pero su razonamiento me resultaba gracioso. A la madrastra la llamaba «la vieja bruja», pero a mí me parecía joven, simpática y guapa. Un día que fui a su casa empezó a llover. Estábamos solas y la ventana del salón estaba abierta, así que el suelo se estaba mojando. Todo lo que se le ocurrió a Bárbara fue abrir otra y proclamar que ella no era la criada para estar cerrando ventanas. A mí me hacía gracia Bárbara. Años más tarde fui a su boda a Buenos Aires, que fue en una sinagoga. Todavía nos seguimos felicitando las Navidades y el Año Nuevo, aunque lo único que nos queda en común es la estancia de un escaso semestre en el Rhodes... y que actualmente ambas tenemos dos hijos y somos abuelas.

Aunque las clases eran mixtas, la representación hispanoamericana era exclusivamente femenina. Un día, no recuerdo cómo, me encontré charlando con una chica llamada Ana Aczel. Tengo idea de que tenía diecisiete años y era viuda. Venía de Israel y no tenía familia cercana en Nueva York. Estaba de *Au Pair* con la familia de un escultor, atendiendo a dos niñas a cambio de su estancia. Los domingos trabajaba en un Five & Ten por la calle 100. Había sido sol-

dado y vivido en un kibutz y aspiraba a dedicarse a la investigación científica. Ana era la antítesis de Bárbara e Ida, o de mi paisana Yolanda. Supongo que fue su tesón (que yo tanto admiraba), lo que influyó en mi decisión de no arrinconarme con las compañeras de habla hispana. Al principio me sentí mal porque me parecía que las traicionaba, pero la única que me lo echó en cara fue Lesbia. Lesbia era cubana, hija de un alto mando militar del presidente Batista, y su nombre era el hazmerreír de los chicos (por entonces yo no había oído hablar de Lesbos). Era mucho más alta y especialmente más fuerte que yo, y por una temporada muy corta fue mi compañera en el patinaje sobre hielo. Lo máximo que ella aguantaba de pie era unos escasos segundos, y no había forma de que me soltara la mano, así que yo iba rodando detrás de ella. La profesora se apiadó de mí y continué de pareja con Evaline.

Un día estábamos estudiando en la biblioteca. Frente a mí, sentados, Lester y Ángela. Lester levantó la mirada y, sonriendo, me dijo: «Welcome to the clan». Ángela afirmó con la cabeza. Ella era descendiente de los fundadores holandeses de lo que es hoy Nueva York. Una chica muy dulce y reposada y uno de los seres más comprensivos que conocí en mi vida. Su forma de ser me recordaba a Inés. Estudiaría Medicina y el M.D. en Pediatría, y aspiraba primordialmente a ser una buena esposa y una buena madre. Recuerdo que lo confesó con esa forma suave y natural que constituía su modo de expresarse. A mí no se me había ocurrido que un día podía ser esposa y mucho menos madre, pero Ángela era especial.

Lester también iba a estudiar Medicina. Era serio, responsable, pronto a explicarme lo que yo no entendía, y parecía hecho para llevar esmoquin.

No sé en qué momento empecé a escribir un diario. Aunque nunca se lo dije a nadie, en casa de mis tíos tenía la sensación de que molestaba, aunque me consta que mi tío Giovanni me adoraba. Presumía de que yo era idéntica a su hermana Ana, que debió de ser muy guapa. Para él, yo lo era igualmente y además muy inteligente. Como no tenía hijos, en el momento en que yo expresaba que me gustaba algo, él me lo quería comprar. Me di cuenta de que eso a mi tía Letizia le molestaba, así que dejé de evidenciarlo.

Hay frases sueltas, muchas veces inocuas pero desplazadas, que de pronto me sorprenden y es como si penetrara en las profundidades del subconsciente ajeno y llegara a saber más que el observado. Siempre tuve ese instinto, o como se le quiera llamar. Además, ahora que os lo cuento me doy cuenta de que recuerdo no sólo el momento sino los detalles más nimios que rodeaban aquellos instantes. Mi tía quería atenderme tan bien que yo no me atrevía a abrir el frigorífico para beber agua. Me la servía ella. Supongo que puso su mejor voluntad, pero no había tenido hijos y de golpe se encontró con una adolescente en casa. Además, debía de estar en plena menopausia. Tenía sofocos y estos eran terribles: se ponía muy colorada y hasta se ahogaba. Un día llegué a casa y encontré a mis tíos discutiendo. Al parecer mi padre había tardado casi un mes en enviar el dinero para mis gastos. Cuando entré, la tía me soltó que ya sabía que esto iba a pasar y que ahora se daba cuenta de por qué me habían enviado a Nueva York: para que ellos lo pagaran. Me habían abandonado, eso sí —siguió— con muchos pájaros en la cabeza como para aspirar a entrar en una de las Seven Sisters (las Seven Sisters eran *colleges* femeninos exclusivos, entre los que estaba el Radcliffe).

Luego añadió que mi padre se había casado con mi madre porque esta estaba embarazada. Esa noche no cené y me pasé todo el tiempo llorando. Nunca les conté a mis padres esta escena. Creo que fue un poco antes de casarme cuando mi madre, que tenía la mala costumbre de husmear entre mis cosas, encontró el famoso diario que yo había abandonado al poco tiempo de llegar a Boston. Me había olvidado de su existencia y de lo que en él había escrito. A mis padres les dio la llorona al leer el episodio anterior, y se dejaron de tratar con mis tíos.

Tras aquello, decidí que si Ana Aczel se podía cubrir sus gastos, yo también era capaz, así que le pedí ayuda. Creo que una semana después me llevó a la casa de unos amigos del escultor a cuyos hijos cuidaba. Esos amigos vivían en una típica casa de dos plantas y sótano, entre la Quinta y Park Avenue por una de las calles sesenta. El hombre no sé si era escritor o periodista, y la esposa se dedicaba a algo similar. Tenían una niña de siete años. Si entraba a su servicio, mi obligación sería llevarla al colegio por las mañanas. A las seis y media cenaban y a las siete y media la niña debía acostarse. Ambos estaban encantados con la perspectiva de que me quedara en su casa. Me enseñaron lo que sería mi habitación, que por cierto era preciosa, y estaban dispuestos a poner o quitar lo que yo dispusiese. Debía de ser invierno, ya que la ventana daba a un jardincito y los árboles estaban sin hojas. Ambos me dieron su tarjeta de visita por si mis padres o mis tíos querían pedir informes.

Cuando llegué a casa, les conté a mis tíos que había encontrado trabajo y que al día siguiente me mudaba. Mi tío se puso a llorar y mi tía, tajante, afirmó que no iría a ningún sitio. Toda su preocupación era «qué iba a decir la gente».

En Nueva York vivía un hermano de mi abuelo materno, además de otros descendientes de parientes lejanos. Mi madre me dio sus direcciones para que fuera a visitarlos, en especial a los que tenían hijos más o menos de mi edad. Recuerdo que fui con mis tíos a una fiesta de istrianos. No sé exactamente qué se celebraba. De mi tiempo había solamente una chica, cuya madre era pariente lejano de la mía. El caso es que más adelante me salieron dos pretendientes. No sé qué edad tenían, pero debían de ser bastante mayores que yo o así me lo parecían. Uno de ellos me llevó a conocer el Museo de Ciencias Naturales. Creo que entramos a eso de las diez de la mañana y salimos alrededor de las seis de la tarde. Fue agotador. Con el otro asistí unas cuantas veces a estrenos de Broadway de los cuales no disfruté mucho, ya que mi inglés era todavía pobre. La verdad es que con quien lo pasaba bien era con Angie. Cuento lo anterior porque cuando mi tía Letizia exclamaba eso de «qué va a decir la gente», supongo que pensaba en el clan istriano.

Mientras tanto, estaba metida de lleno en mis estudios. No apagaba la luz de mi habitación hasta las dos de la mañana, para lograr reunir en el semestre el máximo de horas de crédito. Las disciplinas obligatorias, como las Matemáticas, Física, Química, etc., ya las había aprobado en Caracas, así que con el consejo del Dr. Goodman lo único que tenía que superar era el último curso de dichas asignaturas, pero además debía aprobar los cuatro cursos de Lengua Inglesa, Literatura Inglesa e Historia Americana, además de Sociología.

Me gustaban los cursos de Interpretación de Prensa o el Internacional Club. Cuando podía, hacía un hueco para

asistir también a los debates. El Dr. Goodman un día me citó a su despacho. Había revisado las disciplinas en las que estaba apuntada y ello le preocupaba. Recuerdo que me dijo algo así como: «Si se traga mucho de golpe, es fácil que uno se atragante». En esa charla me aconsejó estudiar ruso. En el corto período de la pionera Ujekoslana había aprendido el cirílico, y la lengua serbocroata unida al istriano es muy similar al ruso. Por lo tanto me resultó fácil.

Goodman también me prometió buscar para mí la Carta Magna de la ONU. Me impresionó tanto que decidí estudiar Ciencias Políticas y Económicas. Lo que más me atraía era la Geopolítica. El día que visitamos la sede de las Naciones Unidas me vi sentada en esa mesa soñando en un mundo sin guerras. De los presidentes americanos, al que más admiraba era a Thomas Woodrow Wilson. Sus Catorce Puntos siguen válidos actualmente. Sus propuestas en su iniciativa de la Sociedad de las Naciones (antecedente de las actuales Naciones Unidas) no tienen nada que ver con el mercadeo de hoy en día.

Como venezolana no tenía futuro porque no lo era de nacimiento, pero para los Estados Unidos yo era *Displaced Person*. En pocas palabras: había escapado del comunismo y, por lo tanto, podía adquirir la nacionalidad americana con todos los derechos. Resultaba sorprendente: a mi padre no le habían dado el visado por ser oficial de un país que había sido enemigo durante la guerra, mientras que a mí se me concedía por haber huido del Sistema surgido de Yalta.

Pero volvamos a mis estudios. Me volqué en ellos y aprendí a disfrutar de Shakespeare, Faulkner, Hawthorne, Steinbeck... Aún recuerdo la frase contundente de Scott Fitzgerald: «La vitalidad se revela no sólo en persistir, sino

en el saber volver a empezar». En el debate de *Las iras de la ira*, Mr. Green, que había sufrido en su propia carne la Gran Depresión vendiendo manzanas con una carretilla, profundizó de tal manera en este libro que a mí fue el que más me impactó. En sus palabras estaba la verdad de alguien que había vivido lo que se contaba en la novela.

Se acercaban los exámenes finales. La noche anterior la pasé soñando con el álgebra, la física, la química. Llegamos a clase todos muy callados. Ya estaba allí el baúl con los exámenes estatales. Uno por uno fuimos sacando un sobre. De ciencias me tocaron Álgebra y Física. Al ver los ejercicios tuve la sensación de que eran los mismos que había hecho y resuelto en el sueño de la noche anterior, y todavía hoy lo pienso. No tuve dificultades. Y me gradué en enero. Obtuve la beca para el Radcliffe College y, para mi sorpresa, el Celia Goodman Award for Character.

Los que nos graduamos con honor –a finales de junio de 1953– fuimos Mirka Berliner, Yvonne Brenner, Ángela Van Ells, Lester Carr, William Jamieson y yo. La ceremonia de graduación fue en el Jay Room del Waldorf Astoria. En la invitación se reproduce una frase de Dwight Eisenhower: «America is great because she is good and if America ever ceases to be good, America will cease to be great». Debajo de la bata negra los chicos iban de smoking y las chicas con vestido largo, en general blanco. Angie me ayudó a elegir el mío. La tía Letizia estaba tan emocionada como yo, y toda nerviosa por lo que se iba a poner. El tío Giovanni no hacía más que llorar. Finalmente nos despojamos de la bata y bailamos bajo la cúpula estrellada del Jay Room. No sé cuánto duró el baile. Yo estaba como en una nube.

Me había acostumbrado a mi vida en la Gran Manzana, pero ahora marcharía a Boston para seguir estudiando Ciencias Políticas en el Radcliffe. ¡Otro cambio! ¿Qué me esperaba? Nueva York era cosmopolita; el Rhodes, multirracial. Nueva Inglaterra, y me imaginaba que también el Radcliffe, eran por el contrario WASP (White-Anglo-Saxon-Protestant). Pero yo era sólo W. Con los padres de Ángela fuimos a Boston para entregar algunos documentos. La entrevista en sí fue corta pero muy agradable. Nos acompañaron por el campus, nos enseñaron las habitaciones, las clases, etc. A la mañana siguiente volvimos a Nueva York.

Desde que había llegado a esta ciudad no había tenido vacaciones, así que la semana siguiente fui a Caracas. De mis amigas, unas estudiaban afuera, entre ellas Isabel, que estaba en Barcelona; algunas se habían casado; y con otras, de repente no tenía nada en común.

Según mi madre, yo estaba muy flaca. La verdad es que volví con bastantes kilos menos. En Nueva York había tenido mi primera menstruación. No le dije nada a la tía, pero después de unos meses se dio cuenta y me llevaron al ginecólogo. Me mandó unas inyecciones. La verdad es que toda la ropa me estaba grande y yo estaba esquelética. Ahora sé que fui anoréxica. Recuerdo que el doctor me preguntó también si estaba contenta en mis relaciones con los tíos y le contesté que sí.

Estando en Caracas, Evi, la amiga de mi mamá, iba a viajar a Italia, y entre las dos me convencieron de que me vendría muy bien acompañarlas. Me gustó la idea. Tenía presente las *Peregrinaciones de Childe Harold* de Lord Byron. Por fin podría conocer Venecia, con el Puente de los Sus-

piros, el Rialto... Lord Byron lo describe como la Cibeles del mar, coronada por una diadema de palacios. En esos años estaban de moda las películas sobre Venecia, Roma, la Costa Azul, París... Pero casi en el último momento, mamá decidió que no podía dejar solos a papá y a mi hermano. Así que marche sola con Evi.

Compartíamos camarote. Atracamos en Trinidad y Tobago, Jamaica, Saint Lucy, Saint Thomas y Grenade, aunque no sé en qué orden. Me sorprendió Montego Bay. Me pareció idílico ese engranaje británico-africano unido al Trópico.

Me enamoré de su música, de su Steel Band. No sé si fue en Saint Lucy o Saint Martin. Su población es africana. Debía de ser domingo, las calles estaban llenas de gente que se dirigían a la iglesia. No me fijé en cómo iban los hombres, pero las mujeres eran todo un espectáculo: altas, fuertes, con la risa en la boca. Sus cabezas estaban adornadas con sombreros sobre los que reposaba un jardín de flores, y vestían unas enaguas largas con cancan; las niñas, acordes con las madres. Era como si de pronto me situara en la película *Lo que el viento se llevó*. En Jamaica, Evi se compró una camisa blanca y yo un vestido de lino blanco cuya falda tenía unas inmensas flores de colores bordadas con cáñamo. Supongo que influyó el colorido en el que estaba inmersa, ya que nunca me gustaron los estampados grandes, pero esa noche Evi y yo fuimos a la cena floreadas. Creo que fue en Grenade donde nos sorprendió el mestizaje de

africano con oriental. Me dio la sensación de que ambas razas habían perdido su encanto.

Seguimos hacia Southampton, pero en Jamaica embarcó Charlotte. Era de mi edad, así que cruzamos el océano casi siempre juntas. Ella iba acompañada de su *nanny*, que era británica, igual que ella. Charlotte desembarcó en Inglaterra y nosotras seguimos hacia Nápoles, que me desilusionó. Era sucio. Había sábanas y ropa colgada por toda partes. Por mucho que intentara ver el encanto que cautivó a Lord Byron, no lo captaba. Finalmente desembarcamos en Génova. Southampton lo habíamos contemplado con bruma, pero siempre había imaginado Inglaterra cubierta de *smog* y así la aceptaba. Sin embargo, Génova estaba igual. Además de sus heridas de la guerra, seguía siendo la Génova gris que yo había conocido en mi infancia cuando salimos de mi patria.

Y Llegamos a Milán. Me esperaban mi tía Alba con mi tío y Davor.

Los primeros días casi no salí de casa. Teníamos la necesidad de contar, y yo de escuchar, su éxodo al final de la guerra. Creo que fue en 1920 cuando Mussolini, en su discurso en Pula, había dicho: «Frente a una raza inferior y bárbara como la eslava, no se puede seguir la política del terrón de azucarillo, sino el bastón». Este desprecio, más la prohibición de los nombres eslavos y de otra lengua que no fuera la italiana, había dejado su huella. Con él se propulsó una fuerte inmigración de italianos del sur y supongo que todo ello hizo que veinticinco años después brotara el desencuentro. Creo que la mayoría de los que intentaron cruzar la frontera eran de origen italiano pero también había un gran porcentaje de croatas y eslovenos. A mi tío, con el nuevo régimen, le habían

nacionalizado la fábrica y su pensamiento era emigrar a Australia. En su juventud había huido a Croacia para escapar del régimen totalitario de Mussolini y ahora tenía que volver a emigrar, esta vez del Titoísmo.

Cruzaron la frontera a sabiendas de que por un lado estaba la milicia partisana yugoslava y por el otro la milicia partisana italiana. Para ambas ellos eran fascistas y corrían el riesgo de acabar en una *foiba*. Yo no tenía ni idea de lo que era una *foiba* (una dolina cárstica que llega a tener hasta doscientos metros de profundidad), pero se calcula que hubo 30.000 desaparecidos en las *foibas* durante la posguerra. Fascistas y antifascistas fueron arrojados vivos en ellas, y sobre ellos se dejaba caer los cuerpos de los fusilados para que los vivos quedaran sepultados y ahogados por los muertos. Parece que sólo en Istria hay catalogadas 1.700 *foibas*. Mis tíos cruzaron por la parte de Eslovenia y así llegaron a Udine. Supongo que a los aliados no les interesaba demonizar ni a Tito ni al dirigente comunista italiano Togliatti. En la mayoría de las guerras hay que travestir la Historia.

Durante la mayor parte de ese éxodo, mi primo Davor llevó a mi prima Inés en brazos. En Udine la hospitalizaron y allí falleció. Les metieron en unos barracones que, según Davor, eran un campo de concentración. Recientemente leí *Verde agua*, de Marisa Madieri, y me hizo evocar la estancia de mis familiares en esa ciudad. Hacía poco que a Inés la habían trasladado al cementerio. En la foto de su lápida tenía la melenita corta y rala, pero sus ojos no habían perdido esa dulzura que yo recordaba.

Mis tíos estaban muy en contra de que yo viajara ahora a Yugoslavia. Davor estaba lleno de odio, juraba que

no volvería allí hasta que muriera Tito. Supongo que, por la diferencia de edad, el éxodo nos influyó de manera distinta. Él había dejado atrás amistadas cultivadas a lo largo de los años, su carrera universitaria y su vida de joven hijo de Zagreb, para llegar como adulto a un país donde quedaban rescoldos antieslavos y cuyo idioma desconocía. Mientras que yo había sido una simple maleta que había dejado atrás únicamente destrucción y malos recuerdos (que mi naturaleza habían enterrado); lo único bueno que había perdido eran mis muñecas y las tortugas.

Decidí pues viajar a Yugoslavia para pasar allí unos quince días. Davor me llevó en coche hasta Venecia y de allí proseguí en tren hasta Rijeka, que es como ahora se llamaba Fiume. Al cruzar la frontera subió la policía yugoslava para revisar documentación y equipaje, y preguntar cuánto dinero se llevaba. Yo tenía dólares, no recuerdo exactamente cuántos. El policía cogió el dinero y me dio un papel donde especificaba «X dólares». Se suponía que cuando llegara a Rijeka tenía que ir a una oficina que se llamaba *putnik*, y allí me entregarían el equivalente en dinars, la moneda local. De pronto lamenté no haber hecho caso a mis tíos. Y menos mal que estos no me dejaron llevar ni la mitad del dinero que había previsto.

Al bajar del tren me encontré con que no había taxis. Y no llevaba dinero en metálico ni para pagar un autobús, así que me fui andando hasta el hotel donde me iba a hospedar. Estaba en Opatija. Pedí habitación y me dijeron que tenía que pagar por adelantado. Con mi mentalidad americana les entregué el documento que me había dado el policía. No lo aceptaron y me dijeron que tenía que ir al *putnik*, que gracias a Dios estaba a una manzana, así

que fui para allá. En el mostrador había dos mujeres charlando. Les di mi documento y me enseñaron un cartel en la puerta donde ponía que cerraban a las 18.00 horas. Miré mi reloj y les hice ver que solo eran las 17.50. Contestación: CERRADO. Salí a la calle y me vi durmiendo en un banco del parque de Opatija. No encontraba el teléfono del tío Ricardo y no le había avisado del día en que llegaba. Se me saltaron las lágrimas y decidí volver al hotel a ver si me dejaban el listín de teléfonos. La maleta me pesaba, porque mi madre había metido regalos para los tíos, tías, sobrinos, abuelas, madrina y un largo etcétera. En ese momento, lo único que deseaba era coger el tren y volver a Caracas, pero en el hotel encontré ahora caras más agradables y me avisaron de que mi tío Ricardo me estaba buscando, o mejor dicho que el «camarada» me había ido a buscar al *putnik*. Los tíos de Italia o Davor le habían llamado para avisarle de mi llegada. El *putnik* abriría después de las 18.00 horas para recibir a la sobrina del Director Político del periódico. Finalmente mi tío llegó con mi prima Branka. Estaba tan agotada que decidí quedarme en el hotel con ella.

No sé cómo serían las otras habitaciones, pero la nuestra era inmensa, decorada con muebles Biedermeyer del siglo XIX. El hotel, en su época, llevaba el nombre de la Emperatriz Sissi. Lo que hice o expresé ese primer día me lo contó Branka años más tarde. Según parece, éramos las únicas clientes del hotel. Por lo visto reclamé que nos llevaran la cena a la habitación y de postre pedí helado y nos dijeron que no había. A mi prima debí de parecerle una marciana, pues recuerda hasta los botones de la ropa que yo llevaba. Parece que le regalé unos zapatos tan bonitos, según ella, que cuando paseaba por el Corso todos le

miraban los pies. También le regalé un cinturón adornado con frutas —naranjas, plátanos y lo que ella supo muchos años después que era una piña—, unos pantalones que yo llamaba *Capri* y algunas cosas más.

Mis tíos y mis primas vivían en Kantrida, en un chalet que alguien había abandonado. Había retratos de Tito en sitios tan inverosímiles como hoteles o farmacias. Recuerdo mi visita al tío Juraj. Por entonces era un anciano acobardado, vestido con una chaqueta de punto de color gris toda raída, a quien se permitía en su casa una habitación y derecho a compartir baño y cocina. Cuando yo intenté opinar sobre lo que estaba viendo, me hizo con el dedo en los labios la señal de que no hablara y luego añadió que con cinco días me debería dar tiempo de ver a todos mis parientes, y me pidió que le diera muchos besos de su parte a la *nonna*, su hermana. Me di cuenta de que seguramente a ella no le permitían ir a visitarlo. No se habló ni de Zlatoro ni de la tía Olga.

Con mi tío Ricardo me explayé. Le dije que no veía ninguna diferencia entre Mussolini y Tito. Ambos eran gobiernos totalitarios y estaba convencida que el tío Antonio no había luchado para esto. ¿Por qué Europa estaba siempre en guerra? Que si las Cruzadas, la Guerra de los Cien Años, la de los Treinta Años, Napoleón y todas las guerras antes de la Gran Guerra... Decididamente no me gustaba Europa. Europa era una *merde* (la palabra siempre me gustó más en francés).

Veinte años más tarde mi madre se empeñó en que la acompañáramos a Yugoslavia y no me quedó más remedio que ir con vuestro papi y vuestro tío. Algo había cambiado, pero no mucho. Había turistas austriacos e italianos,

y de otra parte húngaros y checos, cuya economía debía de ser peor que la yugoslava. Con los años el nivel de vida fue subiendo. Nosotros fuimos varios veranos y los niños aprendieron algo el idioma. Su frase favorita era: «Na brda urba mrda». Os lo cuento porque es sorprendente cómo puede cambiar la gente. Mi prima Branka ahora pertenece al coro de la iglesia, su nieto estudia en una universidad privada en Gran Bretaña y mi primo Miro, que hace años despidió de la empresa estatal a su mejor amigo porque su suegra iba a misa, durante mi último viaje, en Semana Santa, tuve que acompañarlos a la iglesia viernes, sábado y domingo. Cada uno llevamos a bendecir nuestro ramo de olivo.

A los cinco días de estar en Istria me marché a Venecia, donde Davor me estaba esperando. Como el día que llegué a Génova les había contado que quería hacer algo de turismo y conocer Venecia (además de Florencia, Roma y París), Davor me propuso dar una vuelta por la ciudad, ir en góndola, pasear por sus callejuelas y por la Plaza de San Marcos. Venecia es un lugar que merece la pena descubrir, pero yo en ese momento lo único que veía era una ciudad decadente, con palacios desconchados y canales malolientes. Estaba cansada. Davor soltó una carcajada cuando dije: «Tiene su significado el que sea una loba la que amamantó a Remo y Rómulo». Mientras él conducía hacia Milán, yo iba filosofando sobre este continente del que procedemos. Si uno lo piensa, los únicos alimentos originarios de Europa son la cebada, el repollo y las coles, que por cierto siguen formando parte del plato típico de nuestro continente, de norte a sur y de este a Oeste. Nos consideramos el ombligo del mundo pero la realidad es que a lo largo de nuestra historia hemos sido depredadores. Desconfiamos de nuestros vecinos y nos matamos los

unos a los otros. Sorprendentemente respetamos a Suiza y San Marino. Nos hemos dividido de tal manera que hasta Bélgica y Holanda tienen sus colonias.

Mi tía nos esperaba en Milán con un *strudel*. No les conté mi aventura con el *putnik*. Con la novia de Davor fui de tiendas y terminé vestida como las milanesas; parecía que íbamos todas uniformadas. El milanés, igual que el florentino, es muy cerrado. Me llamó la atención un cartel que había en un edificio en el que, junto al anuncio de que se alquilaba un piso, se podía leer «no cafoni». Me explicaron que así se llamaba despectivamente a los italianos de Roma para abajo.

Después de unos días de descanso me fui con un tour a Francia. Éramos un grupo pequeño, formado por parejas mayores, la mayoría americanas, y entre ellas había un par de militares que habían conocido París durante la guerra. El viaje lo hicimos en tren. Había una chica de mi edad que viajaba con sus padres. Me di cuenta de que mi francés aprendido en el San José de Tarbes era nulo. Yo les entendía, pero ellos no a mí. En París lo que más me apetecía era el Louvre y, en especial, la Gioconda. Fui a verla y me pareció que me miraba con una sonrisa burlona como diciendo: «¿A que creías que era más grande?».

Yo comparaba la ciudad con lo que había leído sobre el París de los años veinte. Debe de ser una reacción del ser humano al darse cuenta de que ya no hay guerra. En Francia tenías a Juliette Gréco, lánguida, vestida de negro y con canciones como *April in Paris*. Era su diosa, al lado de Jean Cocteau y Jean Renoir. Era una Francia que presumía de sus maquis aunque había sido colaboracionista con Hitler hasta 1944.

Tanto en Francia como en Italia tuve la sensación de que al americano se le miraba como a alguien inculto y burdo, pero al mismo tiempo en los comercios se los adu-  
laba descaradamente. Este contraste me divertía.

Antes de casarme yo tenía la intención de acabar la carrera de Ciencias Políticas en Boston, pero luego decidí hacerlo en Caracas. No sé por qué razón regresé, pero el caso es que entré a trabajar en la embajada de los Estados Unidos. Allí me conocían desde mi primer visado para ir a estudiar a Nueva York e incluso el cónsul, Mr. Phelan, tenía uno de esos perros que repartió mi madre. Mi carné decía: «Embajada de los Estados Unidos de América: (mi nombre) es funcionaria de esta embajada, la cual agradecerá las cortesías y facilidades que puedan brindársele en el desempeño de su cargo».

La situación política entonces era delicada. Se rumo-  
reaba que el Che Guevara estaba en Venezuela y un mes antes había estallado una bomba en el cuarto de baño del embajador. Washington había enviado un especialista para perfeccionar nuestra seguridad y a mí me asignaron a su equipo. En aquellas fechas pasaron por mis manos, por negligencia o comodidad de mis superiores, documentos auténticamente *Top Secret*: talones firmados en blanco por el embajador, que me los entregaba cuando se iba de viaje, para las nóminas y toda otra suerte de papeles importantes.

Y entonces ocurrió algo que trastocó todo: mi her-  
mano Eugenio había entrado en la Universidad. Tenía una novia que no recuerdo si se llamaba Lourdes o Loreto,

la cual era familiar de Carlos, el famoso *Chacal*. Una noche mi hermano no regresó a casa. Creo que fue al día siguiente cuando mi madre encontró en el buzón un papel que aseguraba que estaba vivo pero en la cárcel por revolucionario. Era un papelito mugriento y lo firmaba «un compañero». Mi madre me llamó llorando. Cuando llegué a casa mi padre estaba gritando como un loco, decía que para él su hijo estaba muerto y le echaba la culpa a ella por tenerlo consentido.

Aunque no quería saber de él, me dejaba no obstante el chófer para llevarle ropa y comida a Eugenio. Así que a la hora del almuerzo iba al negocio de mi padre y de allí con el chofer a la cárcel. La celda tenía el suelo de tierra batida y en ella se apretujaba mucha gente. A Eugenio le habían arrancado las uñas de los pies. Se le veía asustado como un niño que rompe una cristalería.

Cuando ocurrió esto, en un primer momento pensé en ir a mi jefe y contarle lo que había pasado, pero decidí primero asimilarlo yo. Sin embargo, el nombre de Eugenio apareció en el periódico junto al de otros estudiantes de la Universidad Central. En el Departamento de Estado existía por norma una investigación personal trimestral de todos los empleados, y supuse que sabían que era mi hermano y que yo estaría vigilada.

Aún seguí en la embajada cuatro infernales meses, hasta que una mañana mi superior entró desencajado en mi oficina ordenándome que fuera a su despacho. Noté en su cara de qué se trataba. Estaba consternado y a mí de pronto se me quitó un peso de encima. Tanto que la que empecé a hablar fui yo. Me explayé, ya que me di cuenta de que él estaba preocupado por su propia carrera. Me dijo

que por ninguna razón me podía acercar en adelante a la embajada y que el sueldo me lo iba a entregar él mismo al día siguiente en la cafetería de la Mobil Oil que estaba enfrente. De esta manera terminó mi empleo en la embajada, que debió de durar un par de años.

Tuve que esperar veinte años para pedir un visado para volver a Norteamérica, pero para ese entonces yo ya había pasado la decepción de Platón; ya sabía que la política no estaba basada en la ética y que, como decía aquel gran pensador: «La realidad de su estrategia es el PODER y las causas de las guerras son económicas».

Antes de que me despidieran de la embajada ya había conocido a mi futuro marido, vuestro abuelo. Fue en alguna reunión de emigrantes españoles, en casa de una amiga de mi madre que lo era y convocaba a compatriotas suyos. Esta amiga trataba de encontrar novio a una hermana suya, y supongo que uno de los posibles candidatos era Manuel.

Para él yo sí fui *un fechazo*, como dicen en España, pero debo reconocer que al principio tuve muchas dudas porque nuestros caracteres eran distintos. Mas con el tiempo me di cuenta de que de algún modo encajaban y podía ser feliz a su lado. Él al final acababa dándome la razón en casi todo. Así que nos hicimos novios.

Quiero contaros que cuando me iba a casar con vuestro abuelo tuve que presentar la renuncia de la nacionalidad norteamericana al Departamento de Estado por ser él español y pertenecer a un régimen dictatorial (el de Franco). Se me dio el visto bueno porque, al investigarle, aparecía como desertor, lo cual, en aquel entonces, era un punto a su favor.

Os aclaro ya que la realidad es que vuestro abuelo Manuel, cuando se suponía que se iba a graduar como médico, tenía suspensos unos cuantos cursos. Él estudiaba en Valladolid y estaba haciendo la Milicia Universitaria. No se atrevió a contarle a su padre la verdad, así que con un amigo se escapó a Francia cruzando la frontera a pie por el monasterio de Nuria, según él perseguidos por la Guardia Civil. Llegaron a Marsella y allí se metieron en un barco de polizones sin saber el destino. Así llegó a Venezuela y allí se quedó. Si el tío Manu hubiera sido niña se hubiera llamado Nuria, como aquel monasterio. Cuando le conté a tu abuelo cómo lo habían investigado los americanos, se echó a reír diciendo que no tenían ni idea de lo que era investigar, ya que lo cierto es que su padre le había conseguido el indulto. Años más tarde, ya casados y viviendo en Valladolid, un día se presentaron en casa dos policías vestidos de paisano buscando al presunto desertor. Y es que el indulto había sido dado en León pero no aparecía como tal en Valladolid.

Nuestro noviazgo duró aproximadamente un año. Nos casamos el 21 de junio de 1957, el día en que yo cumplía 23 años de edad.

Comenzó ahí otra etapa de mi vida, la que traería al mundo a mis dos hijos y luego, a vosotros dos. Esa es otra historia que algún día os contaré.



# MEMORIAS I

---

## Gina



En los más de cuatro años que en EL LIBRO DE SU VIDA llevamos escribiendo o corrigiendo las memorias de nuestros clientes, muy pocos textos nos han conmovido tanto como el que tienes entre manos. El relato que Gina hace de sus años de infancia en Fiume, durante la II Guerra Mundial, combina de una manera maravillosa el candor de la mirada de una niña con

el dramatismo de tantas escenas que le tocó vivir y padecer. La huída hacia Venezuela con su madre y su hermano , sus años de estudios en Nueva York, sus viajes por Europa y su período como empleada en la embajada de EEUU en Caracas, completan un retrato de su adolescencia y primera juventud siempre emocionante y lleno de interés y curiosidades.

No cabe duda de que dentro de Gina hay una escritora vocacional. Solo nos queda esperar que sin mucha tardanza se decida a completar este hermoso y evocador recorrido por su intensa vida.